QUINCE ASALTOS



Manuel Jiménez Friaza

QUINCE ASALTOS

Aviso para navegantes

Creo necesario advertir al lector de la circunstancia, ciertamente extravagante, de que estos *Quince Asaltos* lleguen a su encuentro 27 años después de haber sido escritos. Estas palabras son pues, literalmente, una intromisión del que soy ahora en los asuntos del que era en 1982, y sólo me permito incorporarlas aquí por la mínima cortesía debida a los lectores que puedan sentir legítima curiosidad por esa anomalía, ahora que esta Casa Editorial de la Huebra se ha interesado por la publicación del libro.

Éste, que como ve el lector curioso, va arropado con unas palabras de presentación que le escribió Agustín García Calvo en 1983, estaba contratado ese mismo año para una edición de 1.500 ejemplares por la desaparecida EDISUR de Sevilla, una editorial en régimen de cooperativa que logró sacar a luz un puñado de buenos libros en aquellos años primeros de la década de los 80. No así éste que, por raro azar, quedó inédito. La editorial cerró antes de que estos asaltos vieran la luz. Sólo otra vez probé fortuna, con Ediciones Libertarias, que declinó su publicación. Debía ser 1985.

Estos asaltos fueron leídos, en las copias mecanografiadas que me iban quedando, por amigos que, a lo largo de los años, siempre me animaron a sacarlo a la luz pública. Pero, cuando finalmente quise hacerlo, me di cuenta de que me había quedado sin ninguna: *Quince Asaltos* ha sido durante muchos años -hasta el pasado 2007 en que una amiga me envió una de las versiones más cercanas al manuscrito original, que también perdí- el recuerdo de haberlo escrito. Estuvieron siempre conmigo, eso sí, como testigos fantasmales, el prólogo de Agustín y el contrato de EDISUR...

Y fueron, sobre todo, los ánimos de Agustín García Calvo -que me dijo en las ocasiones en que volvimos a hablar o a cartearnos que estos ensayos seguirían siendo actuales y necesarios siempre- y de mi querido y añorado Pepe Ruiz Vela -que en la paz de los buenos descanse-, que se quedó con el último ejemplar que conservaba, porque me aseguraba que era su libro de cabecera, los que me animaron más a ver de recuperar el texto y a intentar por fin que llegara al encuentro con sus lectores aplazados, por si aún encuentra público aquel combate de palabras que empecé en 1982.

Porque quince asaltos, como bien sabe el lector, es la duración de un combate de boxeo llevado al límite y al K.O. Estos ensayos cortos y directos que buscan, burlando las defensas del contrario, más que noquearlo -que no está en las fuerzas de uno-, desvelar sus mañas, gustaron tanto a Agustín que su libro *Contra*

el tiempo lo dividió también en Quince Ataques. Mis lectores de *La Opinión de Málaga*, donde colaboro desde 2003 con una columna semanal, me reconocerán en lo que aquí entonces escribía y en ese diario escribo: asaltos, que ahora llamo deslindes y descubiertas.

¿Pero contra quién o qué los asaltos? ¿Qué rostro dar a esa «mansa desesperación», como la llamó Agustín un día, que siento en mí desde siempre y que me empujó a este imaginario cuadrilátero del libro? En el primer asalto le puse el nombre y rostro de Vilma Picapiedra, pero tiene muchos y ninguno: es la china en el zapato de que hablaba Kierkegaard; el insomnio que no nos deja dormir; el agobio de tener que vender nuestra fuerza, inteligencia y vida cada día al mejor postor; esa sensación de continuo escamoteo que sentimos todos cada mañana... Pero los asaltos también son los asaltos a Tebas, al castillo de Kafka. Desnudos y frágiles puños son los de la razón común contra tan poderosos y ocultos enemigos -*sub aliena umbra latentes*-, pero al azar de la apuesta nos la jugamos, de todas formas, y sólo gana en un combate de quince asaltos quien, al final, no ha caído a la lona.

Sea de ello lo que sea, lector reencontrado. Que quien dice esto dobla sobradamente la edad ya al que esto escribía, y debe, pues, despedirse e irse de puntillas. El autor de ahora en nombre del de entonces pide sólo una sonrisa de condescendencia. Quede, así, avisado el lector desprevenido.

PRESENTACIÓN

Cómo es que voy a romper, al presentar con estas líneas al público el libro de Manuel Jiménez Friaza, la inveterada querencia de no escribirle prólogos a nadie, es cosa que no puedo explicar yo mismo; pero en el hecho de que lo esté haciendo puede leer cualquiera que algo he debido de encontrar en estos asaltos de M. J. F. que sea un tanto singular o nuevo para mis ojos o mis oídos. Algo de eso debe de haber; y ya puestos a la labor, más vale que diga lo que me parace que es ello, por si acaso el público (que es, sin embargo, como público, mucho más listo de lo que uno o yo por separado podamos serlo) no se diera cuenta de la cosa.

Pienso que es sobre todo la bondad con que las cosas están dichas y se lanzan los asaltos a los varios fantasmas o ideas dominantes de nuestro mundo: no el encono y la acritud que es natural que quiebre el estilo de los críticos de la Sociedad, de su moral y su política, que, al descubrir alguna parte del engaño y la inconsciencia en que se asientan las instituciones que organizan nuestra vida, no pueden evitar sentirse

separados, más o menos misantrópicos, y que así la denuncia lógica se tiña con los tonos de la ira y el rencor; ni tampoco esa grita desmadrada con que tantos muchachos heridos que se lanzan a contestar el Orden, ya en verso libre o ya en panfleto, dejan perderse la fuerza del ataque por lo furioso (y literario, ay: que siempre van juntas brutalidad y pedantería) de la retórica con que se pronuncia: no, sino que aquí seguirá el lector, en un hilo razonable y tranquilo, una serie de reflexiones de ojos traslúcidos y corazón aún sensitivo (no quiero que se entienda mal si los digo ingenuos) sobre algunas principales mentiras del tinglado que nos tienen armado para recibir la muerte como vida, reflexiones que, si resultan ataques furibundos, lo serán por la propia veracidad de lo que dicen, no por lo desgarrado del estilo. Y aun por el contrario, tal vez hace falta que estas denuncias se formulen con un tono así, sereno y bondadoso, para que puedan ser más eficaces, y que el rechazo de la acritud en los oyentes bien-pensantes no arrastre consigo la veracidad de la denuncia.

Así resulta que me encuentro a lo largo de este libro muchos descubrimientos y fórmulas de denuncia que me son familiares, pero que, acostumbrado a verlos surgir más chocantes y debatirse con cierto escándalo, me resulta placentero leerlos aquí formulados de tal manera que casi suenan a cosas de sentido común: como deben: pues, siguiendo lo que Razón misma indica en los restos del libro de Heráclito, no

es otra cosa que razón común y común sentido la razón que, denunciando la mentira reinante, se revela a sí misma en las cosas y procesos de la realidad; de modo que un razonamiento inteligente (esto es, honrado) no puede hacer más cosa que decir lo que todo el mundo en común sabe, sólo que, creyendo cada uno saber algo por su cuenta, generalmente no se aperciban de lo que saben en común, siendo así que ese falso saber de cada uno no puede menos de coincidir con la mentira imperante para todos, que es lo contrario del común sentir. Así que debe ser bienvenido eso de que en los ataques de M. J. F. suenen las lúcidas contradicciones a las ideas dominantes con el mismo tono de sentido común con que esas ideas se hacen oír continuamente, como repetición de los tópicos recibidas, bajo forma de ideas personales, con la pretensión de hacerse pasar por razón común.

¿Podrá este modo de decir sensato y mesurado traer consigo que se pierda con ello algo de lo hiriente y destemplado que, por otro lado, es lógico que tenga la voz de la razón común, si ha de hacerse oír contra tantas ideas personales y mandadas desde arriba?: ¿que a favor de la ecuanimidad del tono, se cuele todavía en la refutación un tanto de conformidad y contemplaciones con ideas dominantes y personales? Puede ser que así sea, y además es inevitable que, sea cual sea el estilo, al tener que pasar la razón por la boca de uno, se le pegue algo de ideas personales, y por tanto dominantes. Pero no estoy seguro de que no sea

buena táctica, aun con ese riesgo y todo, ensayar también este tono de reflexión que M. J. F. desarrolla aquí ejemplarmente, al lado al menos y hasta en contradicción con otros tonos más virulentos y menos sosegados.

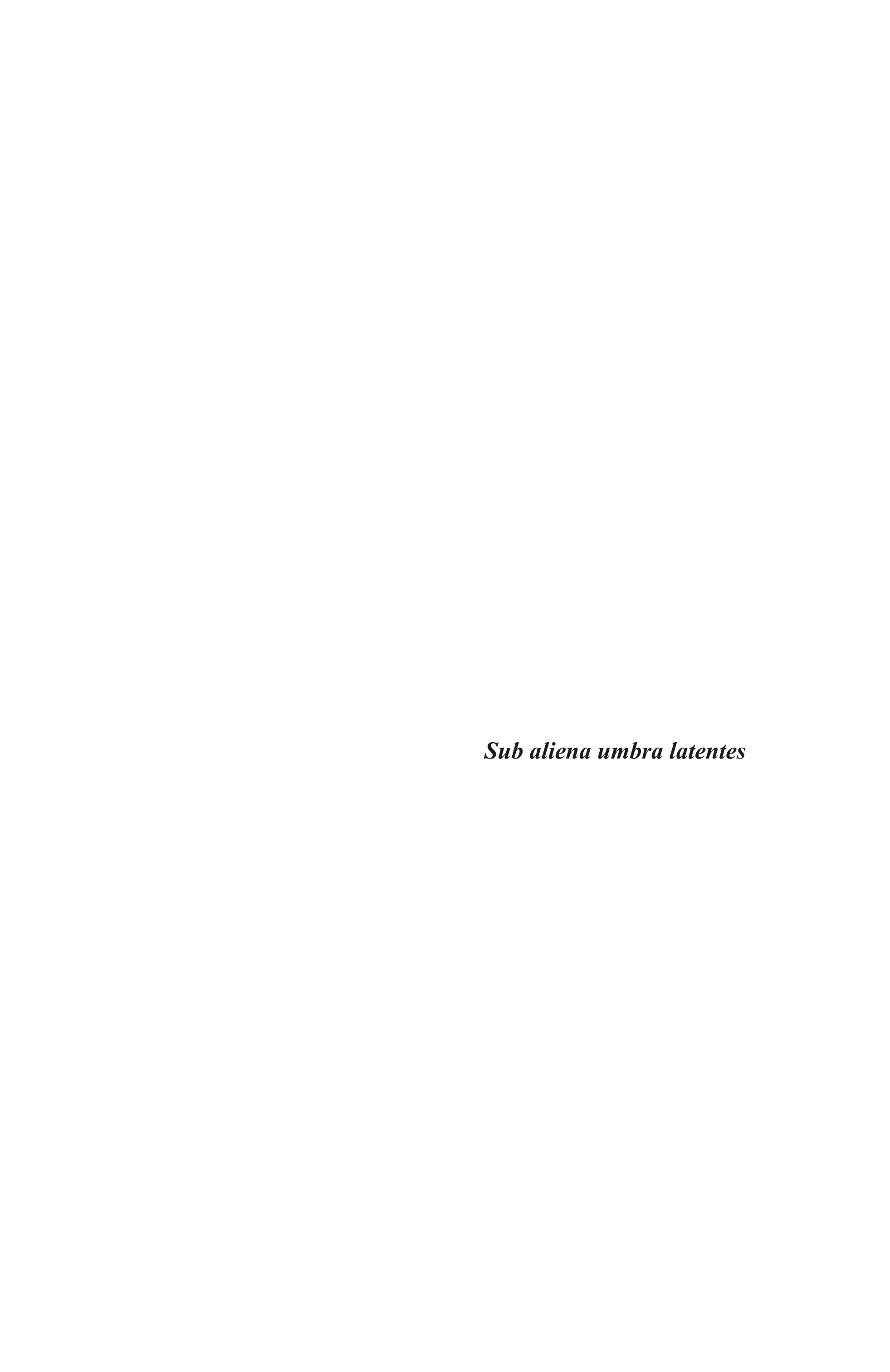
En cualquier caso, a mí este intento, y la mezcla de lógica despiadada y piadosa bondad que en él me suena han acertado a seducirme, y no puedo por menos de recomendar los Asaltos de Manuel Jiménez Friaza al público en general, a lo que en él, como público, late de sentido común en pugna con las ideas de todos y cada uno. Y en cuanto al propio autor, desearía, aunque fuese haciendo de tripas corazón, animarle en esta lucha, y para ello, añadir algo a la duda con que termina el 7º Asalto, donde, a propósito de la condena de inoperancia que fulmina un personaje de un filme sobre el «sentimental sin ideología», se pregunta M. J. F. si no será que «como los aqueos del Peloponeso, sin el escudo ideológico, nunca podremos asaltar las altivas murallas de Tebas»: añadir que, como él sabe ciertamente, siempre cabe la gélida sospecha (aunque nunca la demostración) de que el Señor sea todopoderoso, de que todo esté hecho, de que por tanto también los asaltos y contradicciones estén incluidos en el Plan Total, y que, en fin, nunca puede uno estar seguro (la seguridad es cosa de Ellos) de que está de veras rebelándose, revelando ni negando nada; pero que, sea de ello lo que sea (pues a ese azar nos jugamos la vida de todos modos), lo que sí es claro y de común sentido es que, con escudos

ideológicos para la rebelión, con el mantenimiento de ideas en que apoyarnos para negar las imperantes, no hacemos más que conservar lastre y engaño y preparar el consabido fin de que el derrocamiento de Tebas no sea más que la reconstrucción de Tebas, otra para ser la misma; y que cuanto más limpio de ideas se lance el ataque, cuanto más puramente negativo (ideas ya tienen bastantes Ellos), más probabilidades hay de que sea, cuanto más verdadero, tanto más eficaz también acaso.

Agustín García Calvo
Zamora, 28 de noviembre de 1983

A Pepa Acosta Díaz

A Rodolfo, *in memoriam*



Sub aliena umbra latentes

1

¿quién es Vilma?

Lo recuerdo perfectamente: aparece Pedro con Dino en brazos, lo deja en la puerta de la casa y cierra. Dino, en un gesto rápido, se cuela al interior por el hueco de le ventana. Un instante después, la escena se repite, pero inversa: Dino trae a Pedro en volandas, lo expulsa con cajas destempladas y da un portazo.

Luego suceda le que siempre me ha llenado de asombro y de perplejidad: Pedro, ante la inesperada situación, no reacciona como Dino, entrando por la ventana. Sólo se le ocurre llamar a Vilma mientras golpea con fuerza y rabia la puerta; Vilma no le abre, y Pedro, cerrado a toda posibilidad que no sea ésa, repite su gesto y su llamada durante todo al tiempo en que podemos verlo. A la vez que aparecen los títulos de crédito, la imagen se hace panorámica, ha avanzado la noche -pues las luces del pueblo se apagan- y Pedro, en una escena sin solución, repite angustiado, inerme, desatendido y obcecado la fórmula que no funciona, sin saber nunca por qué.

Seguramente el realizador de esta presentación, con la que siempre se iniciaban «Los Picapiedra», no se propuso sino hacer una broma, pero la situación, lo veo claro con el tiempo, es toda una metáfora.

Siempre me pregunté, y me enojaba que Pedro no lo viera, por qué no entraba por la ventana como hizo

Dino. Deduje, en primera instancia, de ese equívoco, la superioridad del instinto animal sobre la razón humana: el perro no dudó en colarse por el ventanuco, buscó una solución rápida al problema. Pedro, en cambio, quería entrar por la puerta, que estaba cerrada. ¿Por qué?

He buscado varias explicaciones: la primera de ellas es que Picapiedra -los humanos- se guiaba por la rutina, por lo estipulado: la forma de entrar y salir da una casa es llamando a la puerta. Tanto puede cegar la convención que Pedro no era capaz de ver la vía de acceso que vio Dino. La costumbre lo volvió ciego.

Otras veces, le he otorgado a Pedro mas confianza y he pensado que sí, que cayó en la cuenta; pero que lo que le importaba era «la manera». Llama a la mujer porque no sólo quiere entrar, sino «ser entrado», quiere que le abran, de ahí su obsesión en llamar. Él cumplía su parte de la contraseña: «llamaba»; pero Vilma no: Vilma no contesta.

Esa era la otra gran incógnita. Si Vilma estaba dentro -y no hay nada que haga suponer lo contrario, pues Pedro repite, al expulsar a Dino, un acto usual, diario, y es la hora de dormir-, lo oye llamar. ¿Por qué, entonces, no le abre?

La primera respuesta es que no quiere, pero la pregunta sigue en pie: ¿por qué no quiere? Para broma dura mucho. Desde que vi la primera vez esta escena, Vilma se me hizo odiosa. Veía en ello el enemigo en

casa, la crueldad gratuita que hace imposible y absurda la historia.

Pero es que no solo es Vilma la que parece no existir, es también el pueblo el que ignora la presencia de Pedro; ausente o cruel, sordo o cómplice, lo cierto es que nadie en él repara en los gritos del gordo Picapiedra. Pensaba que, de tratarse de una broma, el pueblo obedecía el guiño de Vilma; y si la cosa iba en serio, si se trataba de un designio secreto por el que Pedro, de repente, ha caído en desgracia, el pueblo también asentía. ¿Por qué calla, por qué se muestra insolidario?

Con el tiempo, la situación me ha llenado de espanto: ¿dónde está Vilma?, ¿dónde está la gente? -¡Vilma, ábreme la puerta!- ¿Vilma no oye?, ¿los vecinos no quieren saber nada? -¡Vilma, ábreme la puerta!-. En realidad, ¿quién es Vilma?

2

¿lo ve?

Nuestro primer mundo es el mar salado del seno de la madre, un universo de silencio e ingravidez del que somos expulsados al segundo mundo, más ruidoso y bronco, cuando nos nacen. Este segundo mundo es, en primer término, la casa: universo cerrado y protegido entre aire y tierra, en el que pasamos, según pasa el tiempo más, nuestra infancia y adolescencia. En él aprendemos el complicado sistema de códigos de la organización humana, amén de a comer y a vestirnos.

Si bien se mira, cuando hablamos -y ya es un tópico- de «nuestro nido de amor», aludiendo a una casa, no vamos descaminados. Como los nidos de las aves, las casas son un refugio «construido» y un lugar «fijo» de residencia, un amparo ante cualquier peligro y un rincón confortable -en vez de tallitos secos, ladrillos y más que barro, cemento- para la crianza.

Desde la casa, nos asomamos inseguros al exterior; sólo cuando el adiestramiento está acabado, nos atrevemos a emprender nuestro particular vuelo: el aguilucho se expandirá a través del aire y nosotros echaremos a andar por calles de asfalto o por caminos de tierra.

Este ámbito en el que nos movemos a partir de la casa es nuestro «tercer mundo», el «mundo» a secas.

Lo que sucede es que, en nuestra relación con él hay una cierta anomalía: imagínese el lector a un pájaro cualquiera que sólo volara de una cueva a otra, de este árbol hueco a aquel; lo más seguro es que eso le cause desasosiego, Pues bien, eso es lo que hacemos los humanos.

Somos animales domésticos -no he dicho «domesticados», pero no está de más recordar el parentesco entre las dos palabras- que comemos, dormimos, trabajamos y viajamos dentro de casas; es a este conjunto de actividades a lo que llamamos nuestra vida, así que la mayor parte de ella la pasamos en espacios interiores. Hasta aquí podría pensarse que eso forma parte de nuestra peculiar forma de vivir, que se desarrolla en una «naturaleza humanizada», lejos de los peligros de la selva, el mar o la montaña, Ésa sería la justificación de las ciudades -de ahí «civilización»- y las casas: el ambiente ideal para unos seres cuyas manifestaciones específicas da vida serían hablar y organizarse («zoon politicon» y con «logos»).

Pero lo que hace sospechar algún engaño es la insistencia que se pone en ello. Así, la publicidad, que nos invita de una manera desproporcionada a consumir objetos que sólo tienen razón de ser dentro de una casa. Del mismo modo que se llama la atención constantemente sobre la necesidad de los cerrojos de seguridad que, como ya habrá intuido el lector, cierran una casa para entrar, pero también para salir, siendo la posesión de la llave una anécdota nimia al lado del

efecto psicológico, cincuenta puntos de anclaje y seis dedos de espesor imponen lo suyo: con lo seguro que se está dentro.

La calle, por su lado, ya se encargan de decirnos cómo está: sucia, peligrosa, llena de coches, de ruido, de cacos, deliberadamente inhóspita: «¿para qué va usted a salir?»

Si un gavilán pensara y hablara como nosotros y en sus vuelos sobrepasara Sevilla, Madrid, Friburgo o un pueblo alpujarreño, y tuviera que llamarnos de alguna manera, nos llamaría, casi seguro, «los ocultos». Vivimos siempre dentro de algún sitio y si, más altos aún que el gavilán, examináramos nuestra posición en el universo, ésta sería: dentro del planeta, dentro de un orden, dentro de un país, dentro de una ciudad, dentro de una familia... Y el alma de uno, dentro de uno mismo. Un poco más y no nos dejan sitio.

Así las cosas, no está de más ver qué queda fuera: fuera hay policías, automóviles (que son casas), más casas y fronteras, para que uno se quede dentro. Claro que también los hay que acostumbran a estar en este relativo «fuera»; pero son pocos, mal vistos y perseguidos por la ley: pedigüeños, rateros, vagabundos, borrachos.

La ley, casi no había que decirlo, cuida de mantenernos en su interior y, para este fin, existen casas especialmente diseñadas para que nadie salga: recios muros de hormigón, funcionales rejas metálicas y algunas docenas de porteros bellamente uniformados.

Quise decir guardianes. La tendencia era tener porteros en todas las casas para vigilar al que saliera y al que entrara. Una nueva economía impuso los porteros electrónicos. Ha sido una servidumbre de los tiempos.

Lo cierto es que, creyendo protegernos de los otros, nos vigilamos a nosotros mismos, cumpliendo así el ciclo de la interiorización, que parece ser nuestra gracia específica.

Y si se nos ocurre a nosotros esto de imaginarnos el mundo como un gran palacio de infinitas habitaciones y dependencias, con huertos gigantescos y jardines y amplísimos pasillos que recorremos incesantemente en automóvil, lleno de guardias por las galerías, puede ser hasta simpático. Paro si lo pensaran los gobernantes... ¿O se les habrá ocurrido ya?

Es para recapacitar, porque si a todo lo anterior añadimos que somos como presos condenados a perpetuidad a trabajos forzosos, quiero decir, forzados al trabajo...

-¿Que el mundo es una cárcel?

Vamos a hacer la última prueba: considere si queda algún lugar al que se pueda llamar, de verdad, «fuera». ¿Lo ve? El fuera de aquí es siempre el «dentro» de allí.

3

y ésa es la esperanza

Pienso a veces en la historia de David y Goliath. Goliath era un jefe filisteo que la leyenda nos pinta como un gigante, fiero guerrero e invencible en la lucha, que sembraba el pánico entre los judíos. David, por su parte, era un pastor hebreo, no adiestrado en las técnicas de la guerra, ni demasiado fuerte ni demasiado listo. En principio.

Queriendo decir con ese «en principio» que los hechos se encargaron de demostrar lo contrario. Esta historia hace mucho que se convirtió en símbolo, pero la explicación tradicional es incompleta: se nos contó que la inteligencia de David venció a la fuerza bruta de Goliath. Y la lección más importante del cuento es que el más fuerte es el que, al final, vence. La fuerza no se tiene en potencia, sino en desarrollo. Contra todo pronóstico, que daba a Goliath como vencedor, David se alzó con el triunfo. Esto, que lo saben muy bien los jugadores de apuestas, lo olvidamos todos cuando hablamos de «causas perdidas» o de «utopías».

Pero así como hemos visto que el paralelo no se debía establecer entre la fuerza de uno y la inteligencia de otro, sino entre la fuerza del gigante y la fuerza del cabrero, también por el mismo motivo, la lección se puede extraer del parangón entre las dos inteligencias:

Goliath era un jefe filisteo, y para ser un jefe siempre han sido necesarias dos condiciones: ser el más fuerte y el más listo. El más fuerte no lo era, porque perdió, y el más listo tampoco, también porque perdió. De modo que la inteligencia no «se tiene» sino que se es inteligente «entendiendo».

Desde la escuela se nos divide entre listos y torpes, insinuando con ello que los listos van para Goliath, esto es, para jefes, y los torpes para David, para pastores de ovejas o de cabras. Como ya se adivina, una versión más, a lo fino, de los ricos y los pobres.

Pero vayamos ya al cuento: ¿qué es la inteligencia? Si se plantea así la pregunta, nada. He llegado a oír que, en un test, Boby Fisher alcanzó mayor puntuación que Einstein. Fisher es un afamado jugador de ajedrez americano y Einstein fue un físico que cambió la concepción del espacio, el tiempo, la materia y la energía, es decir, del mundo. En efecto, ¿qué es la inteligencia?

No se tienen luces de la misma manera que se es alto o bajo, se es listo «para algo»: para jugar al ajedrez, para levantar paredes, para hacer sillas, para malear el hierro, para liar, para tejer una saya de colores. A este «para algo», y así empezarnos a distinguir, lo llamaremos «aptitud»: aptitudes que podemos dividir en manuales (todos los oficios, artesanías y artes plásticas), verbales (los charlatanes y escritores) y aptitudes para la observación y la abstracción (científicos y pensadores).

Para comprobar esto que digo, basta con repasar gente conocida nuestra y que englobemos en líneas generales, en algunos de estos grupos. Se verá que la división es casi exhaustiva -pues siempre entrarán en algún apartado- y, de camino, se observará cómo el que tiene una aptitud, suele carecer de las demás. La inteligencia, así entendida, es un bien parcial, pues a la vez es una carencia: se entiende bien sobre esto pero no sobre lo otro. Y la vida no es un «esto» sin lo «otro»: estamos en medio de un entramado de canasta.

Más todavía; las luces no vienen por herencia biológica. En condiciones físicas normales, todos tenemos las mismas capacidades. Sucede que no todos tenemos las mismas posibilidades y, así como el dinero es el nombre de todas las cosas, también lo es de la «inteligencia»: se llama comer bien, enseñanza, tiempo libre. Todo eso lo da el privilegio económico y eso explica que las inteligencias más lúcidas y apreciadas hayan surgido de las clases medias y acomodadas. Entre los pobres, lo más que hay son «vivillos» y «enteraos»: cosa de poca monta. Claro que también, y no podía ser menos siendo tantos, alguno descuella contra todo y «entiende» más de lo necesario. Es entonces cuando se le «ve» y se le seduce para que se aúpe desde los desechos de la fábrica o de entre los surcos del arado, para que suba socialmente. De este modo, haciendo buenos abogados, buenos científicos o brillantes funcionarios, se le roban sus davides al pueblo.

David, y volvemos a la fábula, empezó su carrera «política» después de la pedrada a Goliath. Dejó la honda y el pastoreo y llegó a ser rey. Era un tipo inteligente y se le premió. Apartándolo del pueblo, claro.

En el pueblo, entre los que no somos «nadie», cuando decimos de alguno que «se las sabe todas» o «que las ve venir» o que «sabe de donde le vienen los palos» o que sabe dar consejos o que es fácil vivir con él, estamos aludiendo a una sabiduría que no es una aptitud, según la veníamos entendiendo, sino una inteligencia, una capacidad general de entender -estamos, más que entre átomos o libros, entre humanos y relaciones de poder y ante injusticias y coacciones- que trasciende aquellos ámbitos particulares que creíamos el reducto de las luces.

Esta capacidad de entender la vida se desarrolla más agudamente en condiciones adversas y, como estas condiciones viven mejor entre los obreros, nos encontrarnos con que la inteligencia verdadera, como la rosa del estiércol, es patrimonio de las clases populares. Mientras que los saberes particulares, los más prestigiosos y los únicos considerados «inteligentes», pertenecen a las filas de la burguesía, cuyas relaciones y tradición hemos dado en llamar «cultura».

Unas palabras sobre la cultura: decimos de ella que es el tejido de relaciones e historia que ha ido produciendo, en al transcurso del tiempo, la inteligencia dominante; en todo caso, algo producido y consumido por su gente. La producción inteligente popular es

otra trama, sensiblemente menor, de relaciones y tradición, que se ha refugiado en el término, de menor rango, de «folclore».

Mezclado entre los chistes, los refranes, las sentencias, las canciones, la desconfianza popular, está -y ésa es la esperanza- el último resto de lo que podrían ser producciones inteligentes ligadas al hecho de estar vivo, libre y entre otros.

En ningún lado está escrito que un científico sea «más listo» que un carpintero, ni que un coronel lo sea más que una hilandera, así como tampoco estaba escrito que Goliath tuviera más luces que David. El desarrollo posterior de la vida tuvo la finura de mostrarlo.

4

de arañas reconocibles

Vamos a hablar de los delincuentes:

Hay una añagaza muy extendida entre ellos, los de guante blanco y los que no tienen guante, para atenuar sus faltas a incluso eludirlas, y es crear una complicidad amplia, una red extensa de compinches, en la que el autor quede difuminado, perdido y hasta «víctima».

La eficacia del método depende de la habilidad del que lo utiliza para involucrar a otros. Desde luego, se juega con una tradición judicial que voy a llamar «Fuenteovejuna»: todos a una y aquí no ha pasado nada. Es así: cuando la culpa se borra entre muchos, no hay culpable, no hay cabeza que cortar, En este sentido, la complicidad -mejor cuanto mayor- es la más espléndida de las coartadas.

Vamos a hablar de los obreros:

Es notorio que el triunfo de una huelga obrera va en función de la cohesión colectiva que mantengan los trabajadores. Si alguno se raja, la cosa se viene abajo porque ha desaparecido la complicidad entre ellos, y de uno en uno se les puede detener, comprar y encarcelar.

Vamos a hablar de los abogados:

Todos tenemos fresca en la memoria la argucia de los defensores de los golpistas de febrero: mezclar en

sus manejos a políticos, militares y rey: sembrar la duda y despistar al cazador: ¿dónde está la pieza?

Si he explicado la complicidad en tres ámbitos distintos, ha sido por dejar claro el mecanismo para lo que quiero desvelar ahora: su aparición en un terreno mucho más abstruso, más resbaladizo, y por ello, infinitamente más diabólico: me refiero al pantano del lenguaje.

Hay palabras que, usadas en singular, tienen un contenido plural. Se llaman «colectivos» y los manejamos todos los días. Parte de ellos los voy a llamar «inocentes», porque su referencia no nos atañe directamente como humanos: son del tipo «arboleda», «rebaño». Su neutralidad viene dada porque sus referentes -animales, vegetales, cosas- no son activos respecto a nosotros. Precisamente cuando refieren algo humano es cuando se cargan de dinamita. Intentaré explicar por qué:

Cuando se dicen cosas como «el hombre está mandando al carajo su ecosistema», todos los que lo oímos nos sentimos de repente mal, nos removemos en nuestros asientos, se nos crea mala conciencia, nos imaginamos el océano come uno charca putrefacta, el aire como si todos los pobladores del planeta nos hubiéramos puesto a la vez a freír pescado y nos dan ganas de salir corriendo. Lo más que hacemos es pensar: «¡cómo somos, qué follón hemos armado!», y tomarnos unas copas mientras meditamos sobre el fin del mundo.

Y a lo mejor, lo más espantoso que hemos hecho al respecto ha sido tirar colillas en la calle, una lata de sardinas en la playa y fumarnos un par de paquetes de cigarrillos diarios. Para lo que nos cuentan, una travesura de niños,

Sin embargo, nos repiten «el hombre», y ahí entramos todos: ése es el colectivo que quería mostrar.

Porque, seguramente, lo que habría que decir es que ninguna fábrica del mundo posee filtros ni medidas especiales para neutralizar sus humos o sus residuos, ni la Administración busca solución ninguna para que los desechos no vayan a parar a los ríos, ni el transporte de petróleo por mar es lo suficientemente seguro. O, si somos más radicales, que la producción masiva de automóviles con el sistema de carburación por gasolina, son un atentado contra nuestra delgada capa atmosférica. Y así, afinando más y más hasta dar con los que, de verdad, están mandando al demonio nuestro planeta: unos pocos de miles de hombres ricos y dos o tres ideas.

Los casos son múltiples: se dijo en otro tiempo: «el hombre ha llegado a la Luna», y llegaron dos astronautas con nombre en lengua inglesa y mentalidad americana. Y así se nos hizo cómplices de la llegada a una supuesta Era Espacial, cuando la mayoría de los hombres y mujeres de este mundo andábamos a trompadas con la injusticia o el hambre.

Los nombres de las naciones son otro caso flagrante de colectivo encubridor -si bien, en rigor, son

colectivos ideológicos: idea de patria-. Así, cuando lo de Afganistán, se repitió hasta la saciedad que «la Unión Soviética ha invadido Afganistán» y seguro que todos los pobladores de la Unión andaban más preocupados en quitarse el frío de encima que en otra cosa. Se identificaba de esta manera a un grupo de dirigentes -los que tomaron la decisión- y unos miles de soldados -los que la ejecutaron- con el resto de la población, inmersa en los líos de cada día.

Si con «el hombre» se creaba la complicidad a escala cósmica -intente buscar al culpable-, con las naciones se ponen las bases para uno complicidad regional: busque, si puede, una aguja en un pajar.

¿Quién da más? Ellos también. Pues como en este mundo todo tiene su negativo complementario, también los colectivos tienen el suyo:

Hay veces en que, «por necesidades de orden, superior» interesa hacer olvidar la condición primaria, precisamente esa condición («el hombre») a que tan pomposamente alude el colectivo de complicidad. Entonces, con toda naturalidad, esa condición queda oculta, disfrazada, en una cualidad secundaria, que puede ser desde el color hasta el quehacer o el sexo.

Así, hemos oído todos nombrar, bajo la apelación de «esclavos», a aquellos hombres arrancados de sus tierras, encadenados y vendidos. O, con «negros», aludimos a quienes pueblan el inmenso continente africano y gran parte de América del Norte. O, en la guerra, el rostro más sincero del capitalismo, todos

entendemos quienes son «los enemigos»: aquellos hombres vestidos de uniforme y dispuestos a morir y a matar por, de nuevo, un puñado de ideas.

Más cercano nos es todavía quien responde a «el carpintero» o «el herrero» o «el pintor»: los hombres que vienen a tu casa, te reparan algo y después te cobran.

Hacen falta los nombres propios -la única propiedad de los que nada tienen- en quienes se apropian de los colectivos encubridores para sus felonías. Es necesario sacudirse las complicidades del lenguaje con las que, como telas pegajosas de arañas reconocibles, quieren inmovilizarnos en la impotencia por los siglos de los siglos.

5

las lenguas múltiples de la llama

A mí me explicaban el misterio de la Trinidad de Dios así:

«Imagínate un palacio que ocupa él solo una manzana; pues bien, según desde qué calle lo observes, verás una construcción distinta: en una fachada estarán los ventanales, en otra verás la tapia del jardín y en la principal, el portón de entrada y los mas cuidados adornos. Si no supieras que se trata de la misma edificación, podrías pensar que son tres palacios distintos, pues distintas son las facetas que tú ves de él. Y, sin embargo, sabes que sólo hay uno. Algo así debe ser el misterio divino.»

Y aquello me convenció. Al menos, en tanto tuve necesidad de convencerme. Más tarde, cuando mis preocupaciones se fueron hacia otros parajes, la explicación se me quedó en la memoria ella sola, desasida de su objeto, como una barca llena de redes en el corazón de un bosque.

De hecho, cada vez que he ido a parar a una ciudad extraña y he paseado alrededor de la catedral, he recordado el símil, Pero sólo cuando, en una noche de insomnio, divagaba sobre aquello de que Dios «era el que era», esto es, el mismo siempre, caí en la cuenta del problema: no en el de Dios ni en el de la Trinidad, sino en el de que una catedral pudiera ser

«la misma» de una fracción de tiempo a otra, Y más aún: en si había dos cosas en este mundo de las que se pudiera decir que son «las mismas».

Y, por mas vueltas que le he dado, todo lo vivo se empeña en demostrarme lo contrario: a la catedral le impide ser la misma el desgaste de las lluvias o el embate de los aires y en la entraña del berrocal, del sillar, de la argamasa, late una guerra de energía. A la catedral, a la grama del trigo o a los hombres, nos erosiona el tiempo, viento helado. La multiplicidad casi infinita de matices y variaciones parece que es la maravilla específica de nuestra vida.

Y, sin embargo, gran parte del conocimiento humano está basado en la identidad: la repetición de objetos, hechos o fenómenos es la condición fundamental para enunciar leyes, siendo las leyes las líneas maestras que permiten el crecimiento de la Ciencia.

No vamos a negar que entre, por ejemplo, una piedra que cae y un copo de algodón que también cae, hay una notable semejanza, pues los dos objetos caen, Y aunque su manera de caer no sea la misma, la acción de «caer» es tan parecida que se puede decir, sin demasiados problemas, que es «la misma». Así, tras comprobar que la mayoría de las cosas sobre la tierra «caen» (aunque sean múltiples sus manifestaciones), es plausible creerse la Ley de la Gravedad que Newton codificó. Pero a condición, como se ha visto, de abstraer del mundo vivo el verbo, la acción. Es decir,

de quitar la cáscara y la pulpa a un fruto para quedarnos con el hueso ideal. En el ejemplo de la flor del algodón y del guijarro, decimos que los dos «caen», no siendo este «caen» nada que uno se encuentre por ningún lado, al contrario de lo que ocurre con el copo y con el pedrusco,

Este modo de conocimiento nuestro es, en rigor, «poner un orden» en lo que nos rodea para podar entenderlo: «A es lo mismo que B pero distinto a su vez de C, siendo A, B y C tales que...», en tanto que A, B y C sean reflejos en el espejo ilusorio de nuestro cerebro y, como tales elementos inexistentes, «lo mismo» que esta o aquella cosa viva. Así funcionamos, y, sin afirmar que pueda haber otra forma de «comprender» el mundo, hay que notar que ésta supone un continuo desplazamiento de lo real en favor da lo imaginario.

Tal desplazamiento tiene su consumación en nuestras sociedades, en las que lo imaginario -ideas, instituciones- ha casi sustituido a lo real -vivir-. Hemos creado un orden y lo hemos considerado, tal como lo hacíamos con la realidad no humana, imprescindible para entendernos, para que sea posible la convivencia.

Este orden de la colectividad humana descansa en dos pilares: el que las personas sean ellas mismas y el que los lugares sean los mismos. En otras palabras: la identificación y la localización.

Pues nada tan fácil, si sabemos que Juan es siempre Juan (esto es: que tiene personalidad) y si sabemos

dónde está (esto es, que tiene ciudadanía y nacionalidad), que tener a Juan «ordenado».

Para que alguien sea él mismo están los recuerdos, cordón umbilical que nos une a nuestro nacimiento, evitando la dispersión de la existencia, y los semejantes, frente a los que, afirmándonos, nos delimitamos.

Para que seamos localizables está toda le red de vigilantes y vigilados que conocemos con el nombre, entre otros, de Administración.

En el código político queda muy claro lo que vengo explicando: se juega en él con la ilusión de orden que se asimila a la tranquilidad. El empeño de las dictaduras, por ejemplo, es que todo sea «lo mismo» para siempre; las leyes, como con la ciencia ocurría, pretenden también que nuestro comportamiento sea siempre «el mismo», el legal, claro. En las elecciones, el voto conservador va también en este sentido: «vote conservador para que todo vuelva a ser lo mismo».

La ilusión de la identidad es, propiamente, el miedo a la vida, a lo multiforme y cambiante, un intento de congelar el fuego (pues puro fuego somos). Si quisiéramos reconocer nuestra naturaleza usurpada, deberíamos preparar con rapidez una hoguera y contemplar obstinadamente las lenguas múltiples de la llama: sólo así nos purificaría esa imagen de nuestra auténtica condición.

También el tedio, tan presente y cada vez más en nuestras vidas, hunde sus raíces, también, en el orden

y la mismidad. Nuestras vidas, que transcurren en los canjilones de una noria repetida e inútil, sacando sólo, en vez de agua, desaliento: el mismo desaliento que sentiría el tren si tuviera alma de caballo.

Por lo menos, el lector que lee ahora estas líneas podrá caer en la cuenta de que ya no es el mismo que empezó a leer el libro, y eso, lejos de producirle inquietud, debería llenarlo de alegría.

6

nuestro fastuoso mundo de geometrías

Nunca fui un buen jugador de billar, pero siempre me entusiasmó ver cómo jugaban los demás. Me ocurría también con los futbolines o con las maquinitas tragaperras. Pero el billar me fascinaba. He pasado muchas horas observando cómo, absortos, lejanos, los artistas frotaban con el dado de tiza azul la punta de la vara mágica: cómo enfilaban, con ojo de cazador, la bola reluciente; adoraba el pulso firme, el golpe seco y preciso, el tapete verde.

Con el tiempo dejé de frecuentar los billares y ocupé mis horas en otros amores. Pero un día, de esos días que no se llenan con nada, me fui a mirar una partida: el aire cargado y denso de humo de tabaco era el mismo; sin embargo, sufrí mi primera desilusión: el rito ya no me emocionaba como antes. Confundido y desangelado, me fumé un cigarrillo y centré mi atención en el movimiento de las tres bolas. Me hipnotizó, como otras veces los jugadores, su desplazamiento exacto en las carambolas, el roce leve, el choque brusco, le parada magistral en el ángulo necesario. El billar me guardaba su último regalo: una reflexión.

Tanto las dos bolas blancas como la bola roja tienden a la inercia, a la quietud sobre la extensión verde del tapiz. Con una diferencia, las blancas se ponen en

movimiento cuando son impulsadas por el taco; la roja sólo cuando es desplazada por alguna blanca. Vale decir que aquellas se muevan a empujones y ésta con un empujón secundario, en segundo término, al ser atacada por sus compañeras.

Algo así, pensé, ocurre con nosotros: nuestra manera de manejarnos, de vivir, es «a empujones», pero de una índole muy particular: no proceden del exterior, sino de nosotros mismos; son los impulsos. Los animales, en lo que somos capaces de observar al menos, funcionan según el esquema conductista estímulo / respuesta, es decir, con impulsos motivados. Los hombres, en cambio, han generado una capacidad más curiosa: la de crear actos sin una motivación directa, arbitrarios. Y en eso consiste nuestra original posición en el universo: hacer esto o lo otro «porque sí».

A esta especial manera de vivir corresponde un particular desajuste, un parcial «no vivir»: es la timidez. Ésta consiste en una inhibición a la hora de crear actos, una perplejidad para «hacer», para elaborar una iniciativa o una reacción. Es una cualidad solamente humana.

Sea cual sea la naturaleza de nuestros impulsos -anímica o nerviosa-, lo cierto es que la timidez es un retardo en su aparición, un retraso. El mismo retraso que mantenía inmóvil a la bola roja hasta el momento en que una de las blancas la «impulsaba». De no ocurrir eso, permanecería quieta, sin desencadenar la carambola; si la timidez durara más de lo que dura, se

produciría un encharcamiento parecido: no se desencadenaría el acto y la vida se paralizaría, como la jugada del billar.

Mas en el juego humano se da una paralización aún mayor que la que aparece con la timidez: es la duda.

Es muy común en la vida, tal como la conocemos y vivimos, tener que enfrentarse con elecciones excluyentes, una disyuntiva del tipo «trabajo o hambre», «rico o pobre», «listo o torpe», «conmigo o contra mí». La existencia se nos presenta como una continua opción lineal. Las elecciones, de este modo, cobran un carácter urgente: mientras más tiempo se pase sin escoger, más tiempo se pierde. El billarista duda porque del movimiento que haga depende el éxito de la jugada. El hombre duda porque la vida se presenta siempre por asalto, «a priori», por sorpresa: no sabemos, a la hora de elegir, cómo va a resultar lo escogido, si con ello vamos a acertar. Además, tenemos muy claro que la vida es muy corta y que no existe la posibilidad de rectificación: «me equivoqué, lo vuelvo a hacer de nuevo». El tiempo, tal como nos condena, no puede ser simultáneo y eso explica en parte la duda.

Si sólo hemos podido aclararla desde la opción es porque, en sí misma, no es nada: pura negación de vida, la parálisis que sigue a una vacilación del impulso: «esto, pero y si lo otro; lo otro pero y si esto». La duda es un espacio en blanco que sólo se llena de

nada. Crea, además, una tensión: explicable porque vivimos comprimidos por la angustia del temor a equivocarnos: ésa es la médula de la duda,

Ahora bien, aunque va implícito en lo dicho que las opciones se presentan de una forma «natural», es el momento de advertir que no es así. Vivir, en sí, no tiene por qué ser una acumulación de disyuntivas. Éstas aparecen porque rigen en nuestras sociedades ideas como «no se puede desperdiciar el tiempo» -porque es dinero y es trabajo entre otras cosas- o como «hay que hacer cosas para ser alguien» o «vivir la vida de la fama y una vejez tranquila», por ejemplo, como equivalentes a vivir «en auténtico». Teniendo a la vista todo esto, nada más natural que tener miedo a equivocarnos, tener el deseo de elegir bien para que, al cabo, nos sintamos satisfechos. Elegir y dudar son como el señuelo para una doma, el premio es descansar.

Se puede comprobar también por el lado negativo, el del que no ha elegido bien. Ninguna frase tan corriente como «si hubiera podido...», «si yo hubiera estudiado...», «si yo tuviera tus años...»: son síntomas de fracaso que todos, en mayor o menor medida, podríamos suscribir. Las oraciones condicionales son de un uso abundante, pues bien, todo el subsistema sintáctico condicional tiene en su meollo una duda.

De todas las maneras, no estoy haciendo una apología del «vive peligrosamente», aunque no esté de más recordar que está condenado por la costumbre este estilo de vida «a impulsos». No están bien vistos

los insensatos, los alocados, los irresponsables»: existe la conciencia de que rompen algún molde.

Es hora de decir que los tipos de elecciones que conocemos a lo largo de nuestro camino, responden bien a estructuras comunes. Me baso para ello, simplemente, en lo que se parecen nuestros fracasos por decisiones mal tomadas, no suficientemente «dudadas». Se es desgraciado por haberse casado y por no haberlo hecho, por no tener trabajo y por tenerlo, por enamorarse y por no enamorarse. La enumeración podría seguir, pero dejo al lector que medite sobre ello: es aleccionador.

Si bien se mira, la duda, que no es, en principio, buena para la existencia, sí es valiosa para el conocimiento. Y es que la duda nace a partes igualas de la estructura binaria del mundo humano y del lenguaje. La existencia personal es, en buena medida, un discurso lingüístico: se busca una consistencia de lo que uno hace con lo que uno va diciendo. Sólo en aras de esa continuidad cobra un sentido más completo la duda. Decía que tiene validez para el conocimiento: esto es así si se tiene en cuenta que todo contenido ideológico que venga a nuestras manos, puede ponerse en blanco -dudarlo- y después ratificarlo, confirmarlo o rechazarlo.

En el nacimiento de la duda veíamos que se producía un hueco, un agujero negro que no se llenaba sino de la duda misma: ése es el lugar que ocupa la conciencia. Si mientras se duda no se está en nada, es

decir, no se está en ningún objeto (*ob-iectum*), no volcado al exterior, que es en lo que parece consistir la vida animal en la que nos englobamos, es que estamos «en sujeto» (*sub-iectum*), esto es, no viviendo sino en un espejo. Un atisbo de que esto es así lo tenemos cuando decimos de alguien «eres un inconsciente», o sea, que no se retrae a los impulsos, que no tiene conciencia, que no duda. O cuando se alecciona a un obrero a que se «conciencie», que se dé cuenta, que dude. Sin la elección y sin la duda, no existiría la conciencia.

Lo propio humano es involucrarse sin más en una cosa o en otra, estar aquí o allí: vivir. La conciencia nació de un despiste de ese «estar ahí» y de la creación -a la vez desdoblamiento- de un «saber que se está ahí».

Sólo hay un paso para que nazca en nosotros un verdadero invasor, animal ya humano, cuya sola naturaleza es añadir «saber que se sabe que se está ahí». Este animal sombrío es el «yo»: un espejo de un espejo que nació de una vacilación.

La conciencia nos capacita para recibir más que para actuar, nos divide entre el que sabe que es, el alma, y el que no lo sabe, el cuerpo. Si el jugador del billar y las bolas formaran un solo ser vivo, el jugador sería el alma -principio rector- y las bolas, el cuerpo. E1 taco sería -prolongación extraña entre alma y cuerpo- la conciencia; la jugada, la vida.

Freud, con el Psicoanálisis, sólo sacó a la luz parte de ese magma interior, anterior a la duda y a

la conciencia, más preconsciente que inconsciente, y que si alguna vez rompiera el todavía frágil espejo que lo encierra, haría estallar en pedazos nuestro fastuoso mundo de geometrías.

7

oculta como una logia de masones

En una tragedia de Esquilo, *Los Siete contra Tebas*, Tebas es sitiada por una coalición de aqueos del Peloponeso. El rey de Tebas es Etéocles, hermano de Polinices, que encabeza la coalición aquea. Ambos son hijos de Edipo, quien al morir dividió la herencia entre los dos hijos, conviniendo que, en el reinado de Tebas, se alternaran, por periodos de un año, los dos hermanos. Etéocles no lo cumple y exilia a Polinices a Argos. La acción de la tragedia arranca con el intento de Polinices por recuperar la ciudad.

En la empresa le acompañan siete espléndidos guerreros, y a la descripción de los guerreros es adonde quería llegar: el Mensajero -personaje tangencial de la tragedia griega encargado de «traer» la acción exterior a la escena- va describiendo a los siete jefes sitiadores, deteniéndose con particular interés en la iconografía de los escudos. Cada dibujo, cada grabado, cada repujado que hay en ellos, quiere ser una representación de las virtudes del guerrero, un código mediante el que «explicarse» al enemigo: en uno será un cielo con estrellas y una gran luna en medio; en otro, un hoplita trepando a la torre de una alta muralla.

Con un escudo imaginario en el que también grabamos nuestra divisa, andamos nosotros por el mundo. Sin ser éste una guerra ni nosotros sus guerreros,

esgrimimos -más o menos como los argivos que sitiaron Tebas- un escudo de ideas para proteger nuestros actos. Decimos, para justificar una actuación, lo que previamente pensábamos al respecto. Presentamos nuestras ideas sobre esto a sobre lo de más allá para que se nos conozca desde lejos. Son nuestra insignia.

A esta colección de ideas para andar por casa, la voy a llamar «ideario». El ideario tiene un carácter personal y así lo manifestamos a la menor ocasión. Es cosa de prestigio que digan de uno: «qué ideas tan originales tienes» o «qué pensamiento tan extravagante el tuyo». Los idearios son uno manera de afirmarse, una distinción frente a los demás.

Empecé a sospechar que en lo de los idearios había algo que no encajaba un día que fui al cine con unos amigos. A la salida -es algo muy frecuente- comentamos la película; tras una breve introducción movida por los sentimientos («me gusta, no me gusta») pasamos a las opiniones: es decir, echamos mano de los idearios. Uno de mis amigos es pintor y resaltaba la belleza de los encuadres. Otro, escritor, la astucia narrativa; el más reflexivo, el sentido de la historia. El que pasaba por ser el más entendido en cine, desarrolló las semejanzas y diferencias del filme con respecto a otros del mismo director.

Mientras iba para casa, pensé en el asunto: a los cuatro amigos nos unían una formación parecida -condición «culta», por decirlo pronto- y una experiencia común, la película. Nuestros comentarios eran pare-

cidos; había, eso sí, diferencias de enfoque, según las preferencias de cada uno: «belleza» en el pintor, «estructura narrativa» en el escritor, «sentido» en el filósofo, «historia» en el aficionado al cine. En todo caso, variaciones mínimas, pero que manteníamos con encono: nos hacían ser «diferentes». Porque, además, las opiniones debían sonar a otras expresadas por cada uno en situaciones distintas. Éramos, de esta forma, «coherentes».

En suma, acerté a describir, después del cine, con más exactitud, los idearios: usos lingüísticos propios de ideas comunes. No hace falta insistir en que la idea «belleza», «construcción», «sentido», son comunes a toda la «clase culta». Mis amigos se limitaron a expresarlo a su manera. Pero me quedé corto: no eran sólo usos lingüísticos lo que había, sino también parcelaciones menores de las ideas: «subideas». De «belleza», el pintor parceló «belleza en la proyección de un encuadre conseguido por un cámara cinematográfica».

Todo es proponérselo: hemos aclarado que la naturaleza de nuestros idearios -nuestros escudos- obedecen a tres consideraciones:

1. una actividad lingüística (usos propios),
2. una cuestión social (clase y formación intelectual uniforme)
3. y un asunto metafísico (ser el mismo hablando y actuando de distintos modos).

A la vista está que si nos empeñamos en catalogar las ideas de cada cual como personales es por

la consideración metafísica: la coherencia. Pero el que no son tan personales lo muestran las dos consideraciones anteriores: el uso lingüístico particular y la cuestión social.

Los idearios son un escudo bastante frágil como para andar defendiéndonos y atacando con ellos a los demás: «si no piensas como yo, te mato», «si no tienes mis ideas, no vengas conmigo». Escudos ilusorios, pues las ideas nos abarcan a todos por igual, nos preexisten y sobreviven.

Parece que hasta ahora he querido decir que sólo las clases ilustradas manejamos ideas. Y en cierto sentido así es, pues aunque los «no cultos» viven también bajo el velo del templo de las ideas fundamentales, no poseen idearios en la forma amplia y consciente en que los poseemos los «cultivados». Esto es, no sienten la necesidad de la cohesión personal.

De todos modos, la diferencia es poco significativa. Cuando un minero dice «mi familia» está aludiendo a la idea moderna de familia, de la misma manera en que lo haría, por ejemplo, un profesor de Historia. Sólo que en el intelectual hay una acumulación de subideas y referencias, incluida la exaltación o negación de la idea. Cosa que no ocurre con el minero: de ahí su mayor indefensión.

Con idearios -clases ilustradas- o sin él -clases populares-, todos estamos condicionados por ideas elementales: «poder», «obediencia», «dinero», «trabajo», «familia»... Esto es la «ideología» según la

vamos a entender aquí. Oculta como una logia de masones, la «logia de las ideas» nos mantiene enredados, como un pescador maldito, en sus redes fantasmales.

Todas las sociedades -organización de los pueblos por lengua y territorio- basan su cohesión interna en un sistema de jerarquía y explotación. El mecanismo por el que esto es posible lo explicó Marx con claridad. También explicó que, acompañando a la estructura económica -teoría primaria de la explotación-funciona lo que él llamó «superestructura»: religión, valores morales, educación. La superestructura, a la vez que ayuda a perpetuar el sistema, sirve para su justificación.

¿Nos volvemos a encontrar con el «escudo» de los idearios? Me temo que sí, pero con la madre de todos los escudos. Se recordará que los idearios eran parcelaciones de las ideas comunes. Estas ideas comunes son la ideología, la superestructura, en término de Marx. Mas la ideología tiene unas notas peculiares: que no sólo condiciona el comportamiento de la gente (pues yo obedezco, tú eres un responsable soldado y todos trabajamos, no haciendo otra cosa al hacerlo que encarnar tres ideas «obediencia», «trabajo», «responsabilidad»), sino sus hábitos da pensamiento: pensar sin ideas se nos antoja imposible y, pues pensamos, es que pensamos dentro de la ideología, dando por supuestas las ideas que sostienen la explotación, esto es, no pensamos, en el sentido radical, es decir, contra las ideas.

Vengo utilizando «ideología» en singular. Lo hago adrede, ya que, aunque se habla de «crisis de las ideologías» y se utiliza término en plural, creo más bien que hasta ahora sólo ha habido una. Para que se me entienda más, la llamaré «ideología de la dominación».

En la dominación se basaban tanta la sociedad esclavista como la servil o la industrial. Y a pesar de que es notable que no es lo mismo la condición del esclavo que la del obrero asalariado, en las dos situaciones están ocultas, sosteniéndolas, las mismas ideas: trabajo, riqueza, explotación. Pasa que esta ideología ha ido adaptándose a los tiempos y a las rebeliones. Así, desde la Revolución Francesa, están sancionadas la libertad, la igualdad y la fraternidad, no pasando de ser, sin embargo, sanciones de derecho, pues la vida de cada día sigue gritando, desgañitada, lo contrario.

A Marx se le ocurrió que una ideología «científica», que arropara a la última clase dominada, el proletariado, acabaría promoviendo una revuelta que terminaría de una vez con la explotación. Y, en efecto, en su primera aplicación activa, en 1917, en la URSS, movilizó a miles de campesinos y obreros, motivó a la mayoría de la población y logró, en último término, el triunfo. Sin embargo...

La ideología que se desprendía de los libros de Marx tenía algunas novedades, ideas nuevas que se han ganado su sitio junto a las demás anteriores: «solidaridad», «comunismo». En realidad, pocas, porque

todo su esfuerzo iba en la dirección de transformar la estructura productiva. Pero sin poner en entredicho la misma idea de «producción» o «patria» o «trabajo». ¿Qué ha pasado, como consecuencia de ello, en la URSS, por ejemplo. Aventuro un gráfico:

IDEOLOGÍA DE LA DOMINACIÓN	←	→	IDEOLOGÍA DE LA DOMINACIÓN (bis)
Idea «religión»: iglesias, casta sacerdotal.	REBELIÓN CONTRA EL «STATUS QUO»: ATAQUE CONTRA...	TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN: DEFENSA DE...	Idea «ciencia»: centros de investigación, casta científica.
Idea «trabajo»: capital-salario.			Idea «trabajo»: estado-salario.
Idea «jerarquía»: estado-gobierno-cuerpos armados-administración-administrados-familia-hombre-mujer-niños	←	→	Idea «jerarquía»: estado-gobierno-cuerpos armados-administración-administrados-familia-hombre-mujer-niños

No existía una verdadera nueva ideología o no existían hombres que la encarnaran, pues los que hicieran la rebelión portaban en su entraña la anterior: primero hubo un contagio y luego una versión nueva de lo de siempre.

Si con los idearios se mediatiza el desenvolvimiento de la razón y la voluntad, con la «ideología» se justifica el dominio de unos sobre otros, se acota el movimiento de la gente, se clasifican y cierran las tierras y los mares: se impide la vida.

Aunque quede tan lejos, el mal estaba ya en Platón, en el desplazamiento del caballo que veo, toco y se va, hacia la idea «caballo», inmutable, permanente, intangible.., tan intangible como la idea «poder», «muerte», «estado», sólo que, por desgracia, éstas no se pueden ver ni tocar como al caballo. Ni, como podríamos hacer contra él si nos dominara, lanzarle un certero venablo al corazón.

Para terminar, una duda: que así como se ha demostrado que con una ideología (la liberal burguesa, la comunista) puede derrocarse a otra (recuérdese cómo la presión de la ideología nacionalista vasca está impidiendo la nuclearización de su región), no está demostrado, en cambio, que sin ideología -creación de un sujeto colectivo-, pueda hacerse.

En un telefilme de televisión que aludía a un campo da exterminio nazi, uno de los personajes, prisioneros los dos, le dice al otro:

-Eres una sentimental sin ideología, por ese camino podrías llegar a justificar a cualquier soldado nazi...

¿Nos vale esto para pensar que, como los aqueos del Peloponeso, sin el escudo ideológico, nunca podremos asaltar las altas murallas de Tebas?

8

se ha producido la demiurgia

Estamos en los alrededores de una aldea serrana: el gabarrero, visiblemente encorvado, baja del monte con un desmesurado haz de leña sobre las espaldas. Va de una vereda a otra, pues conoce bien el territorio, hasta que llega al camino real. Su andar es cansino y, según se acerca al pueblecito, va más despacio. Tiene los músculos de la cara contraídos por el esfuerzo y la piel del rostro ha adquirido un tono púrpura de llevar la cabeza inclinada. Entra en su casa por el postigo de la leñera. Suelta la brazada en un rincón y se endereza aliviado. Pasa un pañuelo blanco por la frente, respira hondo. Así recuperado, deja atrás el estepero, el patio, se adentra en la cocina donde está la mujer. Se sienta en el banquillo de madera y apoya la cabeza contra la pared: parece otro.

Si el leñador parece otro al final del cuadro es porque se ha descargado de la leña y está sentado con comodidad. Pero, naturalmente, si se ha descargado es porque con anterioridad venía cargado. El haz de leña era, según se decía, desmesurado: es decir, pesaba demasiado para las fuerzas del gabarrero. La brazada le podía, por ello descargarla le ha supuesto tanto alivio. Posiblemente, si hubiera recogido menos cantidad de leña, la diferencia entre ir con ella y sin ella no la habría sentido tanto; pero la

escena habría sido parecida, en cualquier caso, con cualquier peso.

Sea ahora la siguiente escena: en una calle de una pequeña ciudad nos encontramos a un hombre joven. Lleva pantalones tejanos y una cazadora negra. Nada en él llama la atención excepto, quizá, que camina con las manos en los bolsillos y la espalda excesivamente inclinada: mira obstinadamente al suelo. Camina despacio -recuerda al gabarrero en muchas cosas, aunque no lleve ningún peso encima- y duda, de pronto, entre dos callejas. Por fin, se decide por una en la que hay un bar en el que entra. Saluda, distraído, a algunos conocidos y pide una cerveza. Cuando empieza a beber, una voz amiga lo llama desde una mesa y lo saca, así, de su ensimismamiento: gira la cabeza, busca con los ojos y lo encuentra. Levanta la mano en señal de reconocimiento y, con el vaso en la mano, se le acerca. Se abrazan, se sonríen y, sentados mientras beben, hablan.

Cuando volvemos a ver, pasado un tiempo, a nuestro hombre, está saliendo del bar. Nada en él llama la atención, excepto que lleva ahora un paso decidido, va erguido y bracea al andar. En efecto: parece otro.

El momento en que lo hemos sorprendido es en todo parecido al anterior salvo en que no lleva a sus espaldas ningún lastre visible. Incluso su manera de moverse -encorvado y pesaroso- es la misma que la

del leñador. Esto quiere decir que, de alguna otra manera, él también sentía encima el peso de un saco del que no se podía desprender: un saco, por decirlo así, de desconciertos internos o problemas.

Es muy común usar el verbo «descargarse» en sentido figurado. Son frases coloquiales del tipo «me he descargado hablando con Blas». Otros, que pueden, se descargan pintando, esculpiendo, componiendo o interpretando música, escribiendo. Por fin, algunos, más compulsivos y expeditivos, se descargan dando puñetazos al vecino o a un saco lleno de arena.

De lo que no cabe duda es de que tanto el haz de leña -o el paniego renegrido de un carbonero- y el saco de malestar del «cargado» interiormente producen el mismo efecto: no se puede estar con ellos encima durante mucho tiempo: cansan, sobrepasan, impiden el desenvolvimiento.

La segunda parte del cuento, la que nos importa más, es la manera de arrumar el fardo, de quitárnoslo de encima. En la primera escena, el gabarrero lo tiene más fácil: llega a su leñera y arroja la leña a una pila, lo apila. A partir de ahí se acabó el problema.

En la secuencia del de la cazadora negra, la cosa es más complicada, porque se tiene que descargar de un ajobo invisible. Desde luego, el momento en que lo ha conseguido ha sido tras la charla con su amigo, en la mesa del bar. Y sólo -lo sabemos- ha hablado. Quiere decirse que, sea como sea, «se ha

descargado» hablando. Supongamos que había tenido una carlanca con su novia y que eso lo había «cargado», le llenó el saco y lo hizo pesar más de lo acostumbrado. Sea eso o no, la conversación con su amigo le aligeró el agobio. Al salir del bar, hemos dicho, «parecía otro».

La primera diferencia entre los dos sacos es que el leñador traspasó su exceso de peso al suelo, elemento neutro, no activo. Esto no sucede con el de los tejanos, pues el saco interior no se puede depositar ahí (aunque recuerden el cuento del que no pudiendo más con un secreto terminó abriendo un hoyo en la tierra para liberarse de él, contándolo y sin contarlo, en verdad, a nadie) sino que se precisa un destinatario activo, un semejante. Y si algunos, como decía antes, también lo traspasan a objetos cotidianos (los famosos platos rotos) o más o menos artísticos (cuadros, esculturas, libros) es a condición de humanizarlos.

Mas hay que apurar una segunda diferencia: la leña del gabarrero, o el paniego del carbonero o la caja del estibador de muelles son «ajenos» al que los sufre. El lastre psicológico, por el contrario, es interior y pegajoso, anejo, solidario con el que lo soporta: muchas dificultades añadidas.

Si es tan importante, como parece, quién sea el receptor del saco de la discordia, hay que ver a qué tipo responde: por un lado, la troja no tiene nada que ver con él, y sin embargo la acepta. Suele ser

gente como los amigos, un conocido de ocasión (como ésos con los que se pega la hebra en un bar) o un especialista en recibir sacos: recibidores profesionales como los curas y psicoanalistas.

Decía que, sin tener que ver con la historia, la aceptan. ¿Por qué? Pues por eso mismo, porque una vez que tienen el saco en sus manos, no lo sienten como tal: es harina de otro costal, no es su propio saco, que es el que pesa.

Aquí se ha producido la demiurgia, el milagro: porque si el «cargado» se ha librado de su carga, él ya no la tiene. Y si el recipiendario tampoco, pues no es la suya y no le pesa: ¿dónde está el costal? Ha desaparecido, y ésa es la maravilla.

No obstante, todo ha ido bien hasta ahora porque se ha dado por supuesto que el ajobo era visible (en el gabarrero) o codificable en el abrumado hombre de los vaqueros. ¿Y si el saco no admite decodificación en palabras, ni en pintura, ni siquiera a puñetazos?

Entonces surge el agobio. El agobio es, en una primera definición, una carga indescargable. No se conoce ni su naturaleza ni sus causas, sólo sus efectos: que pesa mucho, más que el haz de leña, más que el paniego del carbonero o que el bulto del estibador.

Desembarazarse del agobio, así visto, exige alguna forma más refinada y especial de descarga que las que hemos visto hasta ahora. Puede suceder que el hipotético receptor sea el que, desde fuera, vea la troja oculta que nos dobla y ayude, así, a enajenarla. Pero

esto es una rareza: se necesita tener una finura de espíritu poco habitual para ver la causa de una cansera de este tipo desde el exterior.

Se puede ensayar otro método, y es dejarlo ahogar en la misma vaguedad de su naturaleza inestable, hacer como si no se estuviera agobiado hasta que resulte cierto. A lo mejor, la más misteriosa de las trojas, por ser precisamente tan indescifrable, es la más fácil de desembuchar, la más insustancial o inexistente.

Es una duda aceptable. Pero el camino más certero para averiguar qué es el agobio es observar cómo la gente acostumbra a «desagobiarse»: por ejemplo, bebiendo o fumándose unos porros. No hay por qué desatender esa posibilidad, pues la gente lo hace. Ocurre con esos remedios precarios -y es su efecto más apreciado- que los guardianes de la fortaleza de lo consciente se «despistan»: la estructura, según creemos para andar por casa, monolítica del «yo» se difumina, se elastiza. Se siente menos agobio en la medida en que se «es» menos. ¿No da esto que pensar?

Porque, además, llegados a este punto, parece que en el traspaso del saco que veíamos en el diálogo, había la misma catarsis: si se recuerda, tanto el cargado como el descargador dejaban de ser ellos mismos para ser sólo eso: emisor y receptor. Era sólo entonces cuando el malestar desaparecía.

El agobio y otras pesadumbres ¿no serán manifestaciones parciales de otro saco enorme y misterioso que somos nosotros mismos? ¿No nos hallaremos

ante un exceso de sedimentación del «ser persona» que arranca de los orígenes mismos de nuestra cultura y nuestro lenguaje?

9

no he podido hacer otra cosa

Los sueños se fraguaron siempre hacia el futuro. Figuras tardías, héroes posteriores, todos nos hemos visto siendo otros, personajes legendarios de nuestras mitologías particulares, en lugares y tiempos innombrables.

No hay otro término que, como «sueños», evoque en todos tantas cosas a la vez y casi todas buenas. Van envueltos siempre en una niebla de lejanía y en una blandura de algodón. Con la niebla quiero referirme a la condición de irrealidad y de irrealización que acompaña a los sueños. Con la imagen del algodón aludo a cierta blandura y emoción que suelen envolver el recuerdo -no la infancia misma- de la infancia, que es donde viene a nacer este fenómeno tan específicamente humano, que intento explicarme y explicar.

Lo que diferencia a los sueños de que vengo hablando de los sueños que tenemos mientras dormimos es que estamos despiertos. No hago ninguna broma. Aunque tampoco estoy hablando de ese «soñar despierto» que nos cuentan en las películas, mediante un señor o un niño que se despistan en mitad de una conversación o en la escuela y empiezan a ver, entre musarañas, una escena de pastores.

Voy en la dirección de esas proyecciones que uno hace de sí mismo en un entorno ideal, una versión

siempre mejorada del ser propio, esa cosa fantasmal a que veladamente aludimos cuando se pregunta a un niño ¿tú qué quieres ser?

Cuando pequeños siempre queremos ser algo distinto de lo que somos. Y, en esa voluntad de ser alguien distinto, está implícito lo que va ser nuestra vida en adelante: un deseo nunca cumplido de ver realizada en nosotros la última y definitiva transformación que nos arranque, por fin, la felicidad soñada en quien queremos ser.

La metamorfosis nunca llega y, de camino, nos hemos pasado el trayecto sin enterarnos de nada. Es decir, que nos hemos «proyectado».

En la misma naturaleza de los sueños está su incumplimiento ideal. Suponen una meta estática, un «yo» definitivo y maravilloso, inasequible a la naturaleza humana. De ahí que los sueños sean la mayor fuente de la frustración y del fracaso que sentimos los hombres con el paso del tiempo.

Podemos concebirnos de otra manera porque somos los únicos animales con posibilidad de acumular información, o lo que es lo mismo: percibimos a los demás y fabricamos un modelo, hecho de múltiples referencias, al que vamos procurando parecernos.

Soñar es una forma da vivir sin vivir, esperando ser. Una manera de desperdicio, un módulo de existencia que sólo funciona a base de recordar continuamente que vivimos en el tiempo, entendido como un

camino en el que las señales únicas son «dirección obligatoria» y «dirección prohibida».

Si fijamos la vista en un objetivo y lo desviamos de él apenas, dejamos de mirar y entender lo que hay alrededor y antes del objetivo. Si se añade además que el objetivo nunca llega, se ha perdido todo: lo propuesto y lo que hemos dejado de lado por conseguirlo.

Para entender un poco más cómo soñamos, basta caer en la cuenta de que «ése» que queremos ser no es alguien fundamentalmente distinto del que somos, pues los datos con los que operamos para emular al modelo al que aspiramos, son los que nos suministra el medio ambiente, la familia en primer término: ideas dominantes a su través y los medios de comunicación como apoyo.

Los sueños son teledirigidos. Por muy amplio que sea el abanico de lo que a uno le gustaría ser, siempre queda dentro de lo que está permitido que seamos, no siendo mientras tanto.

Da igual si marino, si escritor, si músico, si soldado, si madre, si guapo, si conquistador, si fuerte, si rico, si vagabundo, si viviendo con la compañera ideal en una cueva alejada del mundo y comiendo frutas o tortillas de algas.

Todo está previsto, incluido el que no nos guste como somos: para eso están los sueños.

Son una vía de escape en la economía emocional de cada uno, con un efecto anestesiante parecido al de la religión. Sólo que los sueños funcionan «en

persona» y la religión «en colectivo». Subyace en los dos fenómenos una explotación de algo que, según parece, es intrínseco al hombre: el deseo de trascendencia, que en lenguaje menos serio, quiere decir «continuidad». Si nos acabamos a cada instante para revivir al siguiente, parece comprensible que queramos abolir de alguna manera esta precariedad de nuestra condición. Con este afán de persistencia es con la que se juega en los sueños.

Dije que funcionaban individualmente y eso es muy interesante. Porque si trastocamos los términos «sueños» y «religión» con sus destinatarios, nos llevaremos una pequeña sorpresa:

Individuos tienen sueños	y	Pueblo tiene religión

Pero si

Individuos tienen religión	y	Pueblo tiene sueños

Entonces la cosa se arregla un poco. Ya que si al afán de consistencia personal le conectamos el fenómeno religioso, no pasa nada, puede hasta ser beneficioso para muchos. Y si al pueblo, en común, le emparejamos los sueños, también puede ser iluminador: el ser solitario resuelve su trascendencia y el pueblo

puede soñar -imaginarse en el futuro- en vivir de otra manera y, por tanto, darse cuenta de que vive mal y manejado ahora. Esta manera da soñar puede ser un motor de arranque que mueva a la gente, en metáfora animal, a quitarse de encima las pulgas que no le dejan dormir.

No es nada excesivamente nuevo: la tendencia actual de los religiosos más sinceros es la de revertir la religión en un asunto personal. Y lo de los sueños colectivos, con el aspecto de ideologías que pretenden transformar el mundo, funciona desde hace tiempo.

Sólo he hallado una coincidencia sospechosa en la naturaleza de las cosas y he llegado, por un camino algo inusual, a este último trueque. Esta reparto parece, desde luego, menos enajenador. Es preferible que los sueños confluyan en una comunidad más feliz -y después y no antes en individuos más felices- y es preferible que la religión sea algo de cada cual antes que una institución para el dominio de las almas.

Imitando a los partidos comunistas, diría que éste es el programa mínimo. El programa máximo sería que nadie tuviera que soñar -situarse en el futuro que ha de ser y no es- ni como hijo de su madre en ser otro mejor, ni, como hijo de todos, en un mundo más justo.

Claro que, para concebir esto que he dicho, yo no he podido hacer otra cosa que, a mi vez, soñarlo.

10

imágenes, imágenes e imágenes

Somos los seres más cargados de fantasmas da entre los antiguos pobladores de los bosques. Tal vez el recuerdo, aplastado por siglos de palabras y, no obstante, vivos, de los gritos de los bosquimanos, las sombras irreales de los árboles en las noches selváticas, nos han hecho ser así.

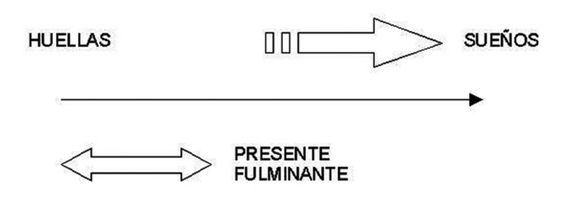
Somos seres lunáticos que, seguro, aprendimos a mirar hacia atrás antes que hacia adelante. Desde que supimos oler nuestras propias huellas para no perdernos, nos hicimos humanos. De la luz instantánea de un recuerdo, seguramente, nos nació el alma.

Como los caracoles, vamos dejando nuestro rastro para que los demás nos reconozcan, pero cuya última clave solo sabemos interpretar nosotros; son huellas para percibir que hemos hecho un camino, una ilusión -pues no es visible- para poder concebirnos como enteros, no precarios, parciales o remotos. Contra toda realidad, que nos grita a cada paso nuestra momentaneidad, que recuerda a cada instante nuestra condición fulminante de fuegos artificiales, nos empeñamos en ser de una sola pieza.

Para este ser de una pieza nos valemos, principalmente, de dos recursos: uno son los sueños, y de ellos he hablado hace poco, y el otro son les recuerdos. De ellos estoy hablando ahora.

Una vez mencionados los sueños y los recuerdos, se entenderá mejor por qué comencé diciendo que somos los seres más cargados de fantasmas. Así es: tanto los sueños como el pasado son apariciones fantasmales que nos acompañan en nuestra aventura terrenal durante todo su trayecto.

Por lo mismo que el mecanismo de los sueños me pareció muy peligroso, en lo que suponían de engaño y malversación de la vida, éste de los recuerdos no me lo parece tanto. Por una razón bastante simple: son pistas y recreaciones de algo que ya existió y, con tal carácter, irremediables e inofensivas. Los sueños, en cambio, suponían una hipoteca sobre un territorio por explorar: la vida por vivir. Si se quiere ver en un dibujo:



Tras esto pienso que queda más clara la relativa inocuidad de las huellas.

Puede ocurrir también que muchos sueños pasen a ser recuerdos sin haber cobrado nunca realidad, pero dejando su huella en el pasado. También se recuerda

uno como habiéndose soñado de esta manera o de la otra. Afortunadamente, son los menos.

Decía Luis Eduardo Aute en una canción: «con el frío del pasado en las espaldas». Que él lo sintiera en las espaldas quiere decir que lo sentía como un peso, una rémora: y es que el pasado es muy pesado.

Sobre todo cuando se erige en una suerte de tribunal de nuestro comportamiento: se es coherente con el que uno siempre fue, se toman enseñanzas de la experiencia acumulada, se siente uno orgulloso o desilusionado con él. Si orgullosos, procuramos mantener el tipo; si decepcionados o insatisfechos, lucharemos por mejorar la propia imagen. En todo caso, nuestras propias huellas siempre están en nuestras vidas para bien o para mal. Nos señalan, desde su rara naturaleza inexistente y presente a la vez, una dirección. Los recuerdos funcionan como una brújula orientadora en la maleza de la existencia.

El olvido es un sistema corrector para cuando se da una acumulación de rastros, un exceso o plétora de recuerdos, quizá una intensidad excesiva en alguno de ellos que impide la marcha normal de nuestro reloj. Consiste el olvido en un difumino que atenúa la presencia sobresaliente de aquel recuerdo, o que intenta extender, como en una mancha, el exceso. En realidad, es un contrapeso para restaurar el equilibrio que siempre estamos a punto de perder desde que nos dio por ser animales anímicos, a costa, precisamente, de nuestra animalidad.

Los recuerdos son inevitables y sirven de alivio en nuestras horas de soledad, cada vez más extensas. Evitan que todo caiga en el abismo, dejándonos una estela de su paso por nosotros. Gracias a nuestras huellas sabemos que vivimos.

Pero también el pasado sufre su degeneración, y de saber que vivimos sólo hay un breve paso para vivir sabiéndonos, en vez de vivir lo que nos rodea, que es lo único valedero. Hemos inventado el malabarismo de vivirnos a nosotros mismos entre los demás. Vivir del aire, por si no fuera bastante confusa nuestra situación en el cosmos, nuestro sentido.

Verdaderamente hemos conseguido lo inverosímil: consumir vida para recordarla. Ya Unamuno advirtió, comentando algo sobre los diarios, que se empieza anotando actos cada día y se acaba buscando que a uno le pasen cosas para anotarlas.

Algo así pasa con las huellas: las hemos preferido a lo que motivó su presencia. Hablando más claro: entre lo real y lo irreal, hemos preferido lo irreal; entre lo vivo y lo muerto, hemos escogido lo segundo.

Lo que no sé con seguridad es si este fenómeno parte de una fuga hacia dentro gracias a lo difícil que nos han puesto las afueras, o si se trata más bien de un consejo subliminal, de una insistencia suave y machacona en que hay que vivir para uno mismo; es decir, si se trata de una orden superior.

Y todo esto, como se dice, en un plano individual, pero su paralelo existe, con toda naturalidad, en los

individuos colectivos que son los pueblos. Hablo, claro, de la Historia.

La Historia nos enseñaron que era el conjunto de macroestelas que un pueblo ha ido dejando en su tránsito a través del tiempo. Pero si bien en los recuerdos personales había una base real que las hacía aparecer, en éstos se trata de una solemne mentira.

Primero porque no hay un sujeto que se mueva -como nos movemos los animales- como tal «nación» o «pueblo». Ya advirtió Bertold Brecht que la Historia no es nada sin los miles de hombres y mujeres que se matan en las batallas, sin los cocineros de los monarcas, sin los sastres que han confeccionado siempre los uniformes, sin los criados de los generales, sin las mujeres que ofrecían al infierno del sacrificio a sus hijos. Unamuno acuñó su confusa idea de la intrahistoria y tras él, con ése u otros nombres, muchos más. Pero nadie se ha atrevido a decirlo todo entero: la Historia es una invención maldita que, otra vez como los recuerdos, sirve para dar una justificación y coherencia a las Organizaciones y su disparatado existir que sólo consiste en la clasificación y muerte en vida de lo vivo. Como cualquier iglesia, posee sus sacerdotes y sus ritos, brujos numerosos y laboriosos que nos explican a cada paso por qué aquello fue así y por qué cayó tal imperio y los cambios en la otra economía que motivó, a su vez, otra guerra con, tras la cual se reinstauró... Y se nos oculta, mientras tanto, el porqué verdadero de tanta muerte inútil y arbitraria, la

apropiación y cerco del planeta, explicándonos, tan sólo las huellas de sangre y fuego y cómo son como son.

Tan irremediable es el predominio de nuestro rastro sobre nosotros que hasta la publicidad, que ya utilizó la poesía para sus fines, también usa de aquél. Oí, no hace mucho, en el anuncio de unos grandes almacenes, lo siguiente: «...Y ahora, un dato para la Historia:...», siendo conscientes, al decirlo, no sólo de que en las naciones la Historia la hacen, desde al menos la Revolución Francesa, los comerciantes, sino, a la vez, de que, como explicaba que pasaba con los recuerdos, también los pueblos, en su noria inútil, trabajan -no viven- para la Historia.Somos seres que dejamos pistas de nuestro paso, unas pistas tan particulares que están impregnadas de nuestra carne y nuestra sangre, desgajadas en la peregrinación del tiempo. Por eso su olor es tan poderoso que permite evocarlas a cada momento. Forman parte de la inaudita naturaleza humana. Sólo cuando sobre ellas se edifican los templos de nuestros actos, los solitarios y los tribales, acechan vengadoras como fantasmas y se alimentan de vida y más vida sin llegar a serlo ellas. Auténticas usurpadoras de nuestras realidades, la de afuera y la personal, acechantes, mendaces, amenazan con tragarnos para siempre y desplazarnos como seres vivos en favor -ay, tristeza- de imágenes, imágenes e imágenes.

11

las arenas infinitas de los mares

A Mafalda, el personaje de Quino, le abrumaban los chinos. Empezaba a contar, en una burbuja del tebeo, la cantidad ingente de habitantes de la vieja Catai y terminaba derrotada.

No son sólo los chinos: los humanos hemos llegado a ser tan numerosos como las arenas infinitas de los mares, y eso, como a Mafalda, nos abruma. Sin saber muy bien por qué, padecemos una neurosis geométrica. Es notorio en las grandes ciudades, de las que todos quieren salir y nadie sale, en las que el empeño de todos es diferenciarse del vecino. Se teme el anonimato y me temo que ese temor es inculcado.

Ese atracón de humanidad que padecemos hay que anotarlo en el «haber» de los medios de comunicación. Nuestra movilidad personal -condición para poder comprobar la masificación- nunca fue menor, nunca nos movimos menos. Y aunque es relativamente fácil viajar, lo que se dice «viajar», no lo hacemos: si voy de Sevilla a Madrid, da igual si en tren, avión o automóvil, voy en realidad de mi casa a la estación, al aeropuerto o al automóvil. No me entero, en cualquier caso, del camino, pues sólo me bajaré en algún restaurante de carretera a tomar café o cerveza. Me bajaré en otra estación o en un garaje subterráneo y acabaré metido en otra casa.

Nuestros ámbitos reales de convivencia son reducidos: convivimos con grupos pequeños de gente: la escuela, la familia, el trabajo, el bar, el coche.

Y nos empeñamos, sin embargo, en que somos muchos. Esta primera contradicción interesa mantenerla viva porque, como consecuencia, al sentirnos demasiados vamos a intentar diferenciarnos al máximo, siendo esto cada vez más difícil, porque lo cierto es que los «mass media» y nuestra propia condición se encargan de hacernos parecidos. Ignacio Ramonet afirmaba, amargamente, que lo único que nos unía a todos los europeos era Kojak, el detective norteamericano de la televisión.

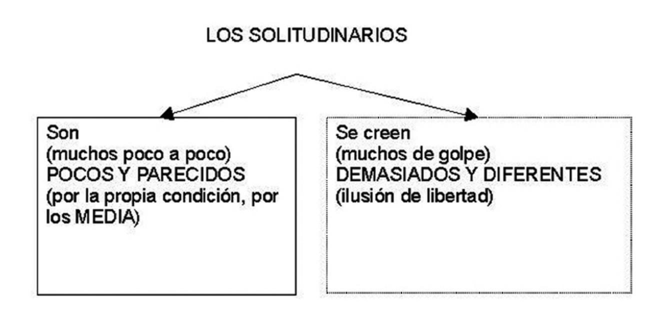
Vuelve a aparecer el mismo equívoco aparente: nos parecemos objetivamente -por nuestra propia naturaleza y por la uniformación de los informadores colectivos- y nos empeñamos en ser distintos pues en ello ciframos la libertad. La oposición es inversa a la anterior:

OBJETIVAMENTE:	SUBJETIVAMENTE:
Pocos y parecidos.	Muchos y diferentes.

En las grandes ciudades -se nos ha pregonado tanto y con razón- el habitante medio experimenta una suerte de soledad entre la multitud, un aislamiento, que envenena la vida en las megalópolis.

Lo que no se pregona tanto es que este «solitudinario» es el prototipo ideal para que la dominación se

ejerza. Porque la soledad de las ciudades engendra, por su cuenta, la insolidaridad. Una multitud es, por definición, ingobernable, y por eso se temen tanto las manifestaciones y concentraciones. Se veía venir: vamos a verlo en otro dibujo:



Sería preferible otro esquema más real y menos enajenador:



La Administración lo tendría más difícil. Ser parecidos no quiere decir que nos parezcamos todos a Kojak: eso ya lo tenemos. Ser parecidos en nuestras angustias, felicidades e insatisfacciones forma parte de nuestra naturaleza. De ser distintos ya se encargan los cromosomas. No voy a insistir más sobre el particular: a buen entendedor...

Podría pensarse que este multitudinario aparece sólo en las grandes ciudades y que sucede otra cosa en las poblaciones rurales. No es así, pues el sistema de la dominación se adapta también a la geografía. Y si en las ciudades había «solos» entre multitudes, en los pueblos y ciudades pequeños hay «multitudes de solos» a los que la presión social (en formas conocidas como vecindario o fama) sella en sus dominios.

La cadena mediante la cual siempre estamos solitarios e indefensos ante el poder es casi perfecta. Si no nos diera un día por parecer tan distintos, insolidarios y solitudinarios. Si nos diera por ser muchos, pero de verdad.

12

una sospecha

En las relaciones humanas nos guiamos por indicios, por sobreentendidos. Ortega ya mostró cómo la primera experiencia que tenemos del otro son sus gestos, su manera de moverse, su atuendo. Siempre son, en todo caso, datos exteriores interpretados después, por un proceso de analogía, con otros y con los propios.

La interioridad de los demás sólo la percibimos como algo secundario, sospechado, y tras presumir que la intimidad ajena es, fundamentalmente, igual o parecida a la nuestra. Por principio, nuestro conocimiento del prójimo es una hipótesis, una sospecha.

Cuando decimos conocer a alguien, decimos, en realidad, tantas cosas que merece la pena examinar el proceso:

Las fuentes de datos que los otros nos ofrecen son de dos tipos: sus manifestaciones lingüísticas -lo que nos dicen- y su colección de gestos -cómo nos lo dicen. Ninguno más.

A pesar de que, según también Ortega y muchos más, el lenguaje parece hecho para no entendernos, vamos a considerar aquí que, tras afinar un poco los instrumentos, dos individuos que hablan una misma lengua pueden entenderse.

Ocurre que el lenguaje, por la ley de la presencia / ausencia, es el mejor escondite de la mentira. Dicho

llanamente: que si alguien no nos dice algo, nosotros no nos enteramos. Y no sólo de ese algo, sino tampoco de si tenía idea de decírnoslo y, como consecuencia, por qué podría no habérnoslo dicho. Es decir, que mediante las palabras, sólo sabemos de los demás lo que quieran decirnos, y aún eso, lo que quieren decirnos, de la manera que quieran.

Estamos fiados, si queremos comunicarnos -y tenemos que hacerlo-, a la buena voluntad de todos.

Esto, que de pronto, parece aterrador, tiene unos sistemas correctores que aumentan la fiabilidad del conocimiento mutuo a través de las lenguas. Estos sistemas pertenecen al dominio de la moral y son cosas como la sinceridad, la coherencia, el respeto. Estos valores, asimilados con siglos de civilización, evitan, en buena medida, la posibilidad del engaño -plena soberanía personal- y el juego de «a ver si me encuentras» en lo que decimos.

Quiere decirse que el lenguaje, con sus sistemas correctores y su mayor o menor fiabilidad, es el más extendido y perfeccionado instrumento de comunicación humana. Pero se mencionó también el de los gestos.

Acompañan siempre a las explicaciones verbales. Van en consonancia, realzando o desmintiendo a las palabras. Siempre se ha dicho «me di cuenta por el temblor de tus manos» o «te delató la mirada». Estas manifestaciones gestuales forman parte, como complemento, de las verbales. Pero no son su manifestación más importante. Basta recordar la relación

amorosa para ver que en ella la gesticulación, en forma de caricias, sonrisas y miradas, es, con mucho, la más importante, por encima de la lingüística.

La relación sentimental es el intento más radical de acercamiento entre los humanos. En ella, torpemente unas veces, felizmente otras, se busca el conocimiento real de los parajes en los que siempre hemos situado el alma: la llave de cada cual.

Está claro que no vamos por la vida enseñando el alma a cualquiera: elegimos, tenemos amistades, enamorados; siempre hacemos una estructura de cercanos y distantes. Pero nuestros contactos -y de ello venimos hablando- buscan la clave que hace a los otros, no objetos, sino sujetos como nosotros. Esa clave son los mohínes.

Si he tomado la unión sentimental como modelo es, hay que repetirlo, porque supone el más titánico esfuerzo que realizamos los hombres para conjugarnos correctamente. Y se ha visto en ello un predominio de la comunicación gestual sobre la oral. Por lo pronto, acariciar es lo que nos hace más humanos, lo que nos hace reconocernos como semejantes, más aún que el habla.

Hablar parece que sirve más para contar cosas, para referirnos al mundo inerte o ajeno. El contacto físico nos sirve más para acercarnos como individuos. En este sentido son menos equívocos: dos manos entrelazadas explicarían mejor la amistad, la hermandad o el amor que dos horas de conversación explicativa.

Existe, por su parte, un sistema aledaño al lenguaje, un código de señales para actuar, que voy a llamar, como la gente del pueblo, «los modos», y que hay que entender en términos de eficacia: las civilizaciones más antiguas -las que llevan más tiempo conviviendo- las conservan como forma de sabiduría. No se puede restringir este asunto a la «educación» en la tradición de la burguesía; esos «modos» son una manera de diferenciación, un adorno de clase.

Este sistema, que no es nada organizado y que varía de uno a otro, ejerce la función -si consideramos la vida en común como una maquinaria- de aceite lubricante. Si en el apunte anterior descubrimos cuántos somos, en éste estamos descubriendo que, por ser tantos, necesitamos la puesta a punto de los gestos para evitar el roce brusco, la soledad innecesaria, la lucha inútil.

Esta dulzura de trato, que siempre hemos delegado en las mujeres, hay que reivindicarla en todos. Si así fuera, habría una justificación menos para la existencia del poder arbitral y de la ley. El caos, contra lo que se nos ha enseñado, no es la puñalada trapera o el atropello.

A la profecía bíblica «por sus actos los conoceréis», hay que anteponer ahora «por sus gestos los conoceréis». Basta, para comprobarlo, salir a la calle con dos apretados algodones en los oídos y ponernos a mirar como locos a los demás: sobraría entonces toda esta explicación y entenderíamos mejor a nuestra especie.

13

hundirnos en el ensimismamiento

Un día me contó un amigo biólogo que el animal más inteligente de la Creación no era el perro ni el elefante: era el delfín. Tras comentarme su sofisticado sistema de comunicación, su capacidad de aprendizaje y su amistad para con el hombre, me confió, como en un secreto terrible, que, si tuvieran manos, desarrollarían la capacidad de construir instrumentos y, con ellos, emprenderían la inmemorial ruta de la evolución del hombre.

No sé cuánto de exagerado había en esta afirmación; pero si tomamos como modelo al homínido, debe ser cierto. Gracias a las manos, esos delicados y potentes apéndices humanos, estamos donde estamos. Las manos y el lenguaje son lo más entrañablemente nuestro. Por eso nada me produce tanta grima como dos manos vacías, desocupadas. Me parece una imagen tristísima, de mal agüero, un síntoma de que algo en nuestra especie va definitivamente mal, pues lo más propio de esos animales privilegiados que somos es hablar y «llevar algo entre manos».

Fue así desde el «homo habilis» en la noche de los tiempos. Hasta tal punto que la Prehistoria se estudia y divide en etapas según los instrumentos hallados en los yacimientos arqueológicos. Olvidarlo es empezar a dejar de entender la condición humana. Desde que

aprendimos a transformar la materia con las manos, y cuando esta actividad se llamó trabajo, convirtiéndose en una maldición divina y en una institución ideológica, medio de opresión (si no trabajas, no comes), se generó un fenómeno nuevo: el ocio, al que se entendía como liberación del trabajo manual. El ocio es el privilegio de tener las manos libres. Siempre fue así, y por ello el trabajo mecánico, de fuerza, se delegó en los esclavos: era una actividad sin prestigio. El asunto dura hasta nuestros días, y con razón.

Porque, como en otras cosas, ha habido aquí un despiste: la actividad manual es mala desde el momento en que se convierte en mercancía, en la única manera de sobrevivir explotado. Lo detestable es el «trabajo», y liberarse de él es lo justo y necesario. Pero no lo es reivindicar el uso de las manos en una civilización como la nuestra, que amenaza con hundirnos en el ensimismamiento para siempre. En otro asalto hablaba de la conciencia como carga, y del agobio: pues bien, hacer cosas con las manos, incluido el danzar, es una forma de remediarlo.

Un niño empieza a reconocer su alrededor, tiene las primeras noticias de su nuevo mundo, a partir del tacto. Se ha demostrado, más allá del hombre, que cualquier cría de mamífero a la que se retira la madre, aunque coma, privada de su contacto corporal a través de las manos, languidece, no progresa en su inmisión en el mundo y puede llegar a morir. Ya adultos, en la relación amorosa, se vuelve a reproducir la misma cir-

cunstancia: se parte de las caricias para sentirnos vivos. Esta es la función que llamaría «de lujo» de las manos. Tanto, que en ella se ha cifrado, desde que la humanidad es consciente de sí misma, la felicidad. El otro componente es, gracias a la ideología que domina el mundo desde la Revolución Francesa, la posesión de objetos, lo que conocemos con el nombre de los nombres: el dinero, la riqueza. Aunque es intercambiable, en otras épocas, por cosas como el honor o la gloria, o por el otro comodín de la historia: el poder. Pero el tesoro de contactos manuales que se sospechan tras el acercamiento erótico no ha cambiado. Seguimos siendo unos cordiales seres manuales.

Claro que también las manos se han utilizado para matar, para encarcelar, para torturar. Esa es la parte impresentable de nuestra leyenda como reyes del planeta. La violencia nació entre diez dedos y no debemos olvidarlo; porque antes de que a algún lúcido antepasado se le ocurriera «construir» armas y herramientas, nuestros padres tendrían que cazar, no a dentelladas como algunos animales, ni con garras como otros, sino a manotazos. Nuestro cerebro, que debe guardar en su desván millones de años de vida sobre el planeta, lo traduce como puede, lo actualiza. Esa es la violencia: un arma de caza inutilizada.

Ya no somos animales cazadores, pero aún tenemos manos. El pueblo, que en su brutal marginación ha sido siempre el mismo, hubiera el modo de producción que hubiera, ha generado mal que bien su his-

toria paralela, su relación con lo real. Hablo de las artesanías, de los oficios manuales. Son una sabia medida contra la enajenación económica -una manera de ganarse la vida- pero, no en menor grado, una salida ante el tedio de tener las manos caídas, una manifestación especial de «estar» en el mundo. Las clases privilegiadas, que sólo han creado su cultura a partir de la rapiña de las producciones populares, (recuerde el lector, a este respecto, lo dicho en el tercer asalto), y así lo hizo con la literatura, se apropió también de la artesanía y, librándola de su utilidad, la llamó «Arte»: cosa ya de rango. Ahora mismo, ojo, estamos asistiendo a un apoderamiento similar: lo llaman «Gastronomía» y no es sino la elevación -ya hemos visto encarecerse hasta el absurdo un alimento proverbial de gente humilde: el queso- a la categoría de Arte del milenario «arte» de cocinar, ése que, como las demás expropiaciones contemporáneas, ha arrastrado la gente del pueblo subterráneamente durante siglos.

Esta tendencia a vivir más acordes con nuestra condición, en forma de acercamiento a la tierra, las vemos en las bandadas de jóvenes que, con comunas o sin ellas, van de las ciudades al campo. Sienten ese imperio de las manos confusamente, dándole otros nombres: armonía, orientalismo, paz con la naturaleza. Efectivamente, paz con la propia naturaleza humana. Vienen de las ciudades como bandadas de extrañas golondrinas: en las ciudades todos llevan las manos en los bolsillos o al volante.

Las manos son un resumen de la historia humana. Los hombres obreros, que lo saben, cuando se encuentran con alguien -sindicalista, religioso o desclasado- que va «a juntarse» con ellos, le miran, lo primero, las manos, porque ellas son las que más sinceramente identifican al trabajador.

Las brujas leen el destino en las palmas de las manos: también, sin saberlo, realizan un recordatorio: donde está el destino está también el origen.

Se me viene ahora la imagen del saludo tradicional de Occidente como la metáfora más perfecta de toda nuestra extraña y abigarrada historia. Lo llamamos «dar la mano».

14

nunca nos apagarán del todo

No hay ninguna palabra que ejerza sobre mí más fascinación que la palabra «misterio». Me gusta repetirla a veces, con diferentes entonaciones, en distintos momentos, y siempre con el mismo resultado: por una parte me inquieta y por otra me tranquiliza.

Cuando me inquieta es porque al colocar la etiqueta «misterio» a algo -alguna parcela cada más escasa del discurrir humano- se expande instantáneamente, más o menos como la niebla, sin que se sepa de dónde viene, la oscuridad más densa e impenetrable, un velo negro que impide la exploración de la inteligencia. El misterio es un territorio prohibido, una zona tabú vedada a nuestro entendimiento. También, por eso mismo, me tranquiliza: mientras exista lo misterioso, el dominio de la vida estará siempre inacabado; en tanto que el misterio -y hay suficientes fallas en nuestra naturaleza para que así sea- dure, durará, a la vez, nuestra contradictoria posición en el universo, y durará la posibilidad de la sorpresa, y no todo estará perdido. El misterio de estar vivo, como el más amplio y general de todos, nos hará, en cierta medida, inaccesibles e invulnerables.

Ocurre con el misterio algo muy extraño: es un término que carece de referente: su concepto es la negación de todos los conceptos; la idea que lo sustenta es

el incendio de todo lo ideológico. El misterio es el follón, lo inaprensible, lo que se escapa continuamente, lo incomprensible. El misterio es algo casi sagrado: por eso las religiones, que lo saben, lo utilizan.

Todos hemos echado humo alguna vez queriendo descifrar el misterio de la Santísima Trinidad o el de la Inmaculada Concepción. Y tuvieron tanto éxito que hasta guerras se hicieron con su pretexto.

Estos misterios «sacros» juegan, a primera vista, con dos cosas:

Una cierta proclividad humana hacia lo inexplicable, lo superior y lo esotérico.

Una cura en salud ante cualquier asalto de la razón: «antes de que intentes explicarlo, déjalo: esto es un misterio».

Pero todo esto carece de un valor general, pues en la gándara de la religión el misterio tiende a identificarse con lo absurdo e improbable, con lo irracional. Es decir, que una afirmación de tipo ilógico, imposible para la razón humana, al ser metida en la burbuja del misterio, se convierte en intocable. Por eso hablaba antes de una «cura en salud».

Pero lo cierto es que el misterio es algo mucho más serio que lo que entienden por tal los funcionarios de las religiones. Si lo he mencionado, ha sido para mostrar su uso magnético entre la gente, su «sacralidad».

El cine y la literatura de misterio y terror gozan desde siempre, de muchos adeptos y seguidores. La sensación que producen -rechazo y hechizo simultá-

neos- es apetecida. Mientras dura el cuento o la película, el espectador o el lector están clavados en sus sillas. Al terminar, dan un suspiro de alivio, se recuperan y a otra cosa, que el misterio está bien para un rato y siempre que se resuelva en luz. Porque ésa es otra: como la situación misteriosa no se aclare, al receptor no le va a gustar. No nos gustan, en general, las situaciones irresueltas o insolubles. Y de todas maneras, acabe en solución o en enigma, quien sea, y más cuanto más joven -menos maleado-, esa noche tendrá un sueño intranquilo si la historia misteriosa estaba bien contada. El misterio se asocia a la noche, a la oscuridad, a la falta de perfiles, a lo irreconocible. Penetra además, por así decirlo, por vía directa.

¿Qué quiero decir con esto? Que, casi seguro, el misterio llama al misterio, y nuestra naturaleza más oculta y verdadera, lo que Baroja gustaba de llamar el «fondo insobornable», es una noche misteriosa. Sin tomar esta imagen como un castillo lleno de fantasmas bajo una tormenta eléctrica y con luna llena. No, el misterio -nuestro hueso- que nos conforma es algo irreductible a la organización, al orden de lo social o religioso: es un puro grito de vida desde su profunda cárcel preconsciente. Unos lo llaman alma y otros fuego. Desde luego, es lo que no cabe ni en las computadoras ni en la Psicología: es ese dragón furioso que se libera en algunos -los de cristal más frágil- a través de la locura.

En otro sentido, el misterio ha sido la chispa que ha movido el conocimiento humano. El enigma de qué hace que las cosas sean hizo nacer la filosofía. El lío de cómo funcionan y se relacionan dio pie a las ciencias experimentales. El temor a la libre expansión de lo humano haría surgir la idea del poder y el orden. El misterio del amor dio luz al matrimonio. El terror ante el acabamiento prepararía el advenimiento de las religiones.

Y así, todo el barroco castillo de nuestra historia está construido sobre los cimientos de un montón de misterios: un castillo ilusorio, un orden de espejismos.

Los misterios fundamentales de nuestra existencia siguen sin descubrirse después de tantos siglos: seguimos sin saber qué es el amor, qué es la libertad, el sentido de una flor o de la explosión de una semilla bajo tierra. Tampoco sabemos qué quiere decir eso tan inquietante que se esconde tras la palabra felicidad. El que sigan siendo misterios es una garantía de que aún podemos vivir sin estar del todo jodidos, contra toda nuestra historia que se empeña en demostrarnos lo contrario.

Lo más que han conseguido es que nos olvidemos de los misterios, que las palabras que los designaban se nos hagan brizna y polvo entre las manos. ¿El amor? Cosa de canciones o, si se acepta, enfermedad muy destructiva. ¿La libertad? Lo que sancionan las constituciones, poder hacer lo que a uno le gusta sin molestar mucho a los demás, dentro de un orden.

Claro que nos podemos olvidar de los nombres y entonces el misterio brillará con el fulgor de la llama:

-Oiga, ¿qué siente usted por Rebeca?

-¿Quién, yo? Pues... Un misterio, la verdad.

Echar la capa negra: contra eso no hay quien pueda:

-¿Por qué lucha usted, señor? Reivindíquelo y negociaremos, no sea salvaje, hombre.

-Es que es un misterio, no se lo sabría explicar...

Cuando la Psicología quiera reducirnos mediante un simple test en una ficha de gustos y disgustos:

-¿Podría decirme cómo es su carácter, sus aficiones, su...?

-Su padre, señor. Yo soy una amalgama, un misterio. Lo siento...

Escribir poesía es, todavía, una actividad misteriosa. ¿Qué demonios puede querer decir ese balbuceo de palabras y ritmo sin objeto determinado, sin intención clara, que es un poema? ¿Qué puede ser ese susurro de imágenes de imágenes emocionadas sino un soplo en el rescoldo de los misterios de nuestra vida maltratada?

Podrán lograr que lo olvidemos y que, hipnotizados, sigamos el camino falso y ficticio de la Historia, el trabajo y la destrucción. Pero mientras viva la palabra o el soplo del misterio, nunca, nunca nos apagarán del todo.

15

un gesto de halcones

Una vieja tradición española, de su gente más pobre y desesperada, fue siempre el recurso de la sierra, la huida a la montaña. Suponía una salida digna y orgullosa ante la limosna o la cárcel. Un grito de vencido frente a la rendición ominosa. Un gesto de halcones contra la miseria.

Tras el recorrido intelectual de estos catorce asaltos, tal vez alguno haya llegado a este final con alguna luz que antes no tenía o más impotente que antes de leerlos o más escépticos aún en lo que respecta al funcionamiento ideológico de nuestro mundo. Quizá alguien, con una sonrisa irónica, pregunte: «Bueno, todo esto está muy bien, pero ¿ahora qué?»

Para los que pidan alguna solución, alguna forma de lucha que no sea hablar y hablar; para los que se no se crean que la opresión parte de ideas y de sistemas de significación, o, por si de verdad, no es así, propongo una salida altanera y radical: tirémonos al monte. Así, también, este combate fantasmagórico no conocerá veredicto ni juez. La última campanada será la señal para abandonar el rito, el libro y las ciudades.

Si nos tiramos al monte, dejaremos solos a los gobernantes que, así, ya no tendrán a quien avasallar, golpear, vencer. Se quedarán solos, y así descubriremos, más allá del símil del boxeo, que ellos y nosotros somos dos cosas

diferentes y que, si bien ellos nos necesitan para ejercer su autoridad -¿sobre qué, si no?-, nosotros no los necesitamos para nada. Que se queden ellos; nosotros, de aquí, nos vamos.

Tirarse al monte, sí, pero de verdad. Y todos. Aunque sé que la tierra ya no es lo que era, ni los medios de represión son lo que eran. Y que se ven, como diminutos dados, los chalet de madera o piedra, los suyos, que algunos de nosotros también imitamos, donde descansan de sus infinitas reuniones y cenas y negocios, y aunque sabemos que con caras descompuestas, a pesar del moreno de Marbella, hacen fiestas de güisqui, coca y canapés. A las sierras, sí, que, como dijera el tonto del pueblo, tan sabio, son más grandes que la ciudad: allí nos vamos. Al monte, al monte todos.

Si esa intención, como un impulso colectivo, se trasladara de unos a otros y a otros, y en comitivas pequeñas al principio, pero más grandes cada vez, se nos viera -desde algún castillo, desde una atalaya- en procesiones de hormigas, abandonar las ciudades, los pueblos, las carreteras, los autos y las aulas, los aviones, los trenes... Cada cual -muchos, muchos- con su hato a cuestas, grandes, pequeños, numerosos, sin fin...: ¡Qué hermoso espectáculo!

De piel amarilla, tostada, negra. Morenos de sol o de trabajo, pálidos del Atlántico y de las oficinas, rubios, niños, albinos, viejecitas y mujeres gordas. Pequeños saltando de alegría, liberados por fin de las escuelas -y varios desde un balcón, desde el último

helicóptero -mirándonos sobre la hierba. Adolescentes y medianos y viejos otra vez y más jóvenes, revolcándonos sobre los prados, en las laderas. Aquel albañil cansado -¡qué alivio!-, el jubilado amargo, la ama de casa dueña por fin del aire y de su vientre. Y contemplarlos, desde la cima de los cerros, como en una feria, desenjaulados: ¡qué alegría!

Tirarse al monte, de verdad, a pesar de los policías que, alucinados, divertidos luego, más tarde serios y preocupados y, al fin alegres también ellos, nos amenazarán y gritaran y dispersarán a algunos y encarcelarán a más, hasta caer en la cuenta de lo ridículas que han quedado tantas cárceles para tantos miles, tantos millones, tantos y tantos que ya somos. Cuando se den cuenta de que nadie ya les va a construir nuevos presidios ni más balas ni uniformes ni autos con sirena. Que se les acabará la gasolina porque nadie ya la va a extraer de las castigadas entrañas de la tierra...

Y qué harán cuando -no los policías sino los dueños de la policía- caigan en el absurdo de una Administración sin administrados y hasta sin administradores. Que, en las ciudades, donde nació la civilización, ya no queda del viejo gran edificio sino papeles, montañas de papeles con nombres escritos, y unos cientos de computadoras archivando inútilmente sus barajas de datos, sus toneladas de datos, repitiendo torpemente sus señales magnéticas hasta que se corte definitiva, secamente, la electricidad

y mueran con la muerte triste y anónima de las máquinas. ¿A quién van a fichar los inspectores, a quién van a computar los antecedentes?

Pobres ministros que se quedarán solos, humillados, impotentes cuando recojan del transmisor las últimas, entrecortadas, jadeantes noticias de su subalterno inmediato que, en las faldas del Himalaya, de los Apeninos, de los Montes de Aitana, se han quedado sin pilas, sin baterías y sin ganas.

Pobres generales que dejarán de saber de sus soldados, perdidos entre las multitudes, despojados de los uniformes, de los subfusiles, de las órdenes. ¿A quién podrán mandar, a quién explicar, a grandes voces, los eternos valores del orden, de la disciplina, de la obediencia, de...?

Las iglesias sin feligreses, los templos vacíos, los brujos sin almas que salvar. Los bancos con sus seguras cajas de seguridad lacradas, selladas para siempre con su dinero -papeles, papeles- pudriéndose en sus entrañas.

Tirarse al monte, y en el monte, la alegría, la bulla, los empujones, los amores, las miles y miles de hogueras que poblarían los campos de la tierra aquella noche -dos noches después, o diez o mil- y el rastro de aquel último cohete con destino al desierto estelar del otro borde de la galaxia más lejana donde reventará nunca con su arsenal -de bombas H o bombas D- con todas las fórmulas de muerte de todos los estados. Y quedarnos, por fin, tranquilos.

La tristeza de las ciudades y las ratas, que consumarán al fin su venganza, mientras un vendaval justiciero purificará los aires, después de tanto tiempo, de las negras semillas de la destrucción. El viento poético que barrerá las ideas, grilletes de los poderosos, ataduras de palabras que acabarán en la tierra de nadie del desierto del olvido...

Y los humanos, mientras tanto, iríamos cayendo en el dulce olvido del que nunca deberíamos haber salido. Ignorados, cordiales en esta tierra de ensueño, azul y ocre, perduraríamos con una sola superstición, con una idea sola en las entrañas: al mar con aquél -¡ay de aquél!- que quisiera organizarnos de nuevo: porque el caos, porque el progreso y el futuro... Al mar con él, a las ciudades ruinosas de los administradores.

Paz para las miles, infinitas, repartidas, pequeñas, diminutas hordas de animales erguidos que un día poblarán la tierra.

Entre Osuna y Sevilla, febrero de 1982

ÍNDICE

Aviso para navegantes	7
Presentación	11
1. ¿quién es Vilma?	21
2. ¿lo ve?	25
3. y ésa es la esperanza	29
4. de arañas reconocibles	35
5. las lenguas múltiples de la llama	41
6. nuestro fastuoso mundo de geografías	47
7. oculta como una logia de masones	55
8. se ha producido la demiurgia	63
9. no he podido hacer otra cosa	71
10. imágenes, imágenes e imágenes	77
11. las arenas infinitas de los mares	83
12. una sospecha	87
13. hundirnos en el ensimismamiento	91
14. nunca nos apagarán del todo	97
15. un gesto de halcones	103